

FORMAS DEL EXCESO EN LA ADOLESCENCIA

**TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR AL TÍTULO DE MAGISTER EN
INVESTIGACIÓN PSICOANALÍTICA**

LUZ ADRIANA BEDOYA MÚNERA

**ASESOR
MARIO ELKIN RAMÍREZ ORTIZ
DOCENTE DEL DEPARTAMENTO DE PSICOANÁLISIS**

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE PSICOANÁLISIS
MEDELLÍN
2016**

Contenido

Presentación.....	4
Planteamiento del problema.....	7
Justificación.....	11
Objetivos.....	12
Metodología.....	13
Método de investigación.....	15
Estado de la cuestión.....	18
Perspectiva histórica.....	19
La adolescencia según la edad.....	19
El exceso y la justa medida en la adolescencia.....	21
Los jóvenes en la antigua Grecia.....	23
Los jóvenes en la edad Media.....	26
La adolescencia en la Edad Moderna.....	30
La adolescencia según Jean Jacques Rousseau.....	32
La adolescencia en el psicoanálisis pos freudiano.....	36
<i>A manera de colorario</i>	44
El exceso en la pubertad.....	47
Adolescentes tratadas por Freud.....	57
Anna O.	58
Katharina.....	59
Emma.....	61
Dora.....	63

La joven homosexual.....	65
De las relaciones del exceso con la pulsión y el goce en Freud y Lacan.....	67
Dos formas del exceso en la adolescencia.....	71
La antinomia del exceso en la adolescencia.....	78
Conclusiones y nuevos horizontes de investigación.....	94
Referencias.....	96

Presentación

Históricamente, en el discurso social, la noción de adolescencia ha sido absorbida por la de juventud; es así como en épocas anteriores, se hacía referencia, de manera indistinta, a la juventud para señalar ese periodo entre la infancia y la adultez, no habiendo criterios definidos para demarcar el término de la una y el comienzo de la otra. Así, la adolescencia, es un momento transitorio, hace parte de la juventud, y presenta múltiples criterios de definición, los cuales varían según la época y la perspectiva de análisis que se pretenda: de un lado la adolescencia y la juventud en sus relaciones con el contexto social y con la cultura; y de otro, en lo que concierne a los cambios biológicos y psicológicos que afectan la subjetividad, en un movimiento que va de la heteronomía a la autonomía con respecto a los vínculos parentales, y de inserción o marginalidad en la comunidad.

Si bien la noción de adolescencia, como tal, no fue considerada por Freud, sus desarrollos conceptuales acerca de la pubertad nos han permitido aproximarnos a la pregunta por la relación entre exceso y adolescencia, pues es con respecto a la pubertad que Freud habla de exceso. En consecuencia, hemos tomado de dichas referencias los elementos más pertinentes para la cuestión que nos ocupa. Así mismo, hemos procedido con Lacan, cuyas alusiones a la adolescencia son muy pocas, pero conducidos por los hallazgos, hemos tomado proposiciones conceptuales que nos han permitido establecer conexiones que no estaban al iniciar el proceso investigativo, de tal manera que se han encontrado rutas significativas para avanzar en la pregunta de investigación.

El interés del psicoanálisis por la adolescencia, radica en trascenderla como edad cronológica para preguntarse por las modificaciones en el régimen de goce del sujeto adolescente, cambios que estarían en relación con lo somático y lo psíquico. En este sentido, puede decirse que, según lo expuesto por Freud en *Metamorfosis de la pubertad* (1905), estos cambios se dan en las

tres dimensiones del aparato psíquico: una económica, que corresponde a las variaciones de la economía libidinal, derivadas del desarrollo puberal; y otra dinámica que da cuenta del trabajo psíquico necesario para que se dé la sustitución del objeto de amor y la separación de la casa paterna. A estas dos se suma la dimensión tópica, en tanto el retorno de lo reprimido que se da en la pubertad es un proceso inconsciente.

Ahora bien, Freud destaca el carácter económico de la pubertad, que es posible rastrear en distintas épocas, en su tendencia al exceso manifestado de diversas formas, tal como se encuentra en las investigaciones históricas o sociológicas, y de psicoanalistas contemporáneos consultados para responder a la pregunta por el exceso en la adolescencia de esta investigación. En el campo lacaniano, este exceso ya no solo está conexión con la libido y el goce pulsional, sino que además, está en relación con el goce del padre y la decadencia de su función.

De igual forma se ha procedido con los psicoanalistas contemporáneos, aplicados al estudio de lo singular de la adolescencia en respuesta a los interrogantes que plantean a la clínica, los sujetos adolescentes. Es así como para este trabajo, a partir de la observación fenomenológica de algunos adolescentes en el medio institucional, y una vez realizado el *Estado de la cuestión*, nos hemos planteado la pregunta por el exceso en la adolescencia, formulada así: ¿cómo explica el psicoanálisis freudiano y lacaniano el exceso concomitante a la adolescencia?

El contenido que se expone es el resultado del recorrido bibliográfico organizado en la siguiente secuencia: en un primer momento, la introducción que consta de Planteamiento del problema, Justificación, Objetivos y Metodología. Luego aparece el estado de la cuestión, lectura a partir de la cual se formuló la pregunta de investigación. Se continúa con el exceso en la pubertad, capítulo que desarrolla las referencias al exceso que hace Freud en relación con la pubertad. Seguidamente, se presentan los casos de las adolescentes tratadas por Freud, en donde se retoma el resumen del historial clínico de estas mujeres que consultaron a Freud por sus síntomas histéricos

o ataques de angustia, de donde hemos extraído algunos elementos útiles a la dilucidación de una de las formas del exceso en la adolescencia, como efecto del despertar sexual de la pubertad. Se continúa con el capítulo dos: formas del exceso en la adolescencia, en el cual se proponen, como evidencia del debilitamiento de la función paterna en la adolescencia, *el acting out* y *el pasaje al acto*. En el capítulo final: la antinomia del exceso en la adolescencia, se hace referencia a los planteamientos de Lacan con respecto al exceso en relación con la función del padre.

Planteamiento del problema

La adolescencia como tema de investigación presenta varias aristas con respecto a la concepción que se tiene de esta, dado que son múltiples los criterios de definición que, además, varían según la época. Así mismo plantea dos direcciones para su estudio: de un lado la adolescencia y la juventud en sus relaciones con el contexto social y con la cultura; y de otro, en lo que concierne a los cambios biológicos y psicológicos que afectan la subjetividad. Los investigadores que han reconstruido la historia de los jóvenes muestran cómo, de acuerdo a circunstancias políticas, económicas o académicas, el imaginario colectivo acerca de los jóvenes oscila entre la promesa de renovación y creatividad, y la amenaza que pueden significar para el orden social.

En este orden de ideas, la perspectiva histórica descubre para nosotros las formas que cada sociedad ha utilizado para regular la tendencia al exceso de la pulsión, que cobra matices particulares en la juventud, y que amenaza las leyes de la ciudad, los lazos sociales y las costumbres morales. Por esto, en la Antigüedad, la gimnasia, la gramática, la retórica, la poesía, las matemáticas y la filosofía, debían dotar al individuo de conocimiento y control de sí mismo y de sus pasiones. Esta formación constaba, pues, de un entrenamiento del cuerpo para la guerra y del desarrollo de aptitudes para la vida colectiva, de lo cual dependía la conservación de la ciudad.

Así mismo, en la Italia del siglo XV, la autoridad pública y la doctrina moral centraron toda su atención en los jóvenes al considerar que la juventud se entregaba al mal por falta de freno y gobierno, y bajo la premisa de que los jóvenes o adolescentes aprenden a regular los placeres que conciernen al cuerpo y a los sentidos, a usar la razón, a obedecer la ley y acatar las normas sociales, en aras de la supervivencia de la comunidad. Disciplinar e integrar a los jóvenes al grupo social para que dominaran las pasiones que resultaban peligrosas, era una de las funciones de la sociedad, y a ello contribuían las actividades lúdicas y festividades que pudieran constituirse en ritos

colectivos que apaciguaran los turbulentos espíritus juveniles; a la vez que se hacía una supervisión pública de las acciones de los jóvenes que, de otro modo, se llevarían a cabo con mayor desenfreno y con hechos violentos.

En suma, las investigaciones históricas, aportan una definición de la juventud como una construcción social y cultural, trascienden la edad y los datos demográficos, dan orden y sentido a comportamientos que aparecen aislados y transitorios en función de un sentimiento colectivo y de las determinaciones sociales y culturales de cada época; aluden a las concepción de los jóvenes tales como “guardianes del desorden”(Schindler, 1996, p. 303) o “metáfora del cambio social” (Passerini, 1996, p. 381); registran los mecanismos de control de las autoridades frente al vagabundeo de los jóvenes aprendices, cuyas conductas, en apariencia irreprimibles y con una vitalidad sin metas, excedían los límites impuestos por las autoridades civiles y el código moral, y daban la sensación de fracaso de la represión social (Crouzet-Pavan, 1996, p. 242).

Así, los proyectos de educación de cada época, desde la Roma antigua hasta la Modernidad, han plasmado su preocupación acerca de cómo restringir, moderar y someter a la razón las pasiones. Propuesta que Rousseau condensó, en 1762, en su libro *Emilio, o de la Educación*, tratado de pedagogía, donde plantea que la enseñanza brindada a los púberes debía contemplar la postergación del momento en que el niño adquiere conciencia del sexo, para que pudiera asumirlo cuando estuviera lo suficientemente educado, dado que Rousseau concebía como un peligro el despertar de las pasiones, pues “el niño ya no quería ser gobernado”. Aquí señala, además, que el adolescente podía vivir esta irrupción de las pasiones como trasgresión o arrobamiento.

Dichas formas pueden situarse en una perspectiva similar a la planteada por Freud en el *Malestar en la cultura* (1930) cuando se refiere a la *sublimación de la pulsión* como necesaria para el progreso de la cultura, por cuanto todos estos mecanismos que comprendían costumbres, doctrinas morales, leyes y educación, se encaminaban a la “sofocación, represión o redistribución

de la libido”, de tal manera que se promoviera el desarrollo cultural (p. 95), pues la cultura “se edifica sobre la renuncia de lo pulsional” (p. 96).

En este sentido, lo que la historia también nos enseña, además de estos mecanismos a los que deben someterse los individuos, que en palabras de Freud serían “las vías de sublimación disponibles e impuestas por la cultura” (p. 177), es que la renuncia pulsional en favor de la civilización es una tarea a realizar con las jóvenes generaciones, pues la adolescencia es el momento lógico –no determinado plenamente por la biología- en que el sujeto elige formas particulares de goce, cuya forma se configuró en el complejo de Edipo, y que aquí irrumpe, sustraído de la sublimación, como un exceso que se constituye en una amenaza para el orden social, y un peligro para el joven o adolescente, en tanto empuja a la transgresión o a un pasaje al acto de carácter mortífero.

Ahora bien, además de la sublimación como medio para civilizar la pulsión, en el Malestar en la cultura (1930: 119-121), Freud hace referencia a la conciencia moral y el superyó como mecanismos de regulación de la pulsión; los cuales han sustentado la sociedad patriarcal. Dios, los señores feudales y sus caballeros, líderes comunitarios y caudillos políticos, e ideologías revolucionarias, configuran la época del ideal del padre, garante del goce del sujeto y de sus modos de satisfacción. Este orden patriarcal estaba regido por un líder o idea rectora –representante del ideal del padre-, y una masa cohesionada por lazos libidinales, quienes han puesto en el lugar del conductor el ideal del yo (Freud, 1921, p. 110).

Pero este orden se ha modificado, y es a lo que Lacan llama en 1938, en Los Complejos familiares, la declinación de la imago paterna. En otras palabras, lo que se observa en la modernidad es “que la prohibición, tal como la aseguraba la familia y ciertos tipos de funcionamiento social, ha cambiado” (Brousse, Marie-Hélène 1999, p.23). El padre ya no asegura el goce con su

prohibición, ni es su garantía con la instauración de la ley. Ahora no se trata de la exaltación del padre, sino de su devaluación.

Entonces, lo que nos revela la historia es que la necesidad de contener las mociones pulsionales, tanto en su vertiente agresiva como sexual, emerge con su carácter social; es decir, con la posibilidad de la realización del deseo sexual en el encuentro con el otro del sexo que posibilita la pubertad, cuya inserción en el discurso social se da en un exceso, y se expresa en los hechos de violencia, tanto hacia el otro como hacia sí mismo; y que según las investigaciones históricas consultadas, se daba con mayor frecuencia violaciones que suicidios, como prácticas de sodomía, violencias sexuales y violaciones colectivas cometidas por las pandillas de jóvenes que, según Crouzet-Pavan (1996, p. 232), eran formas permanentes de la vida urbana, y que sumado a la violencia se trataba del rechazo al orden social y matrimonial; además de ser un rito de admisión en estas pandillas.

En este orden de ideas, el cuestionamiento del orden social que hacían los jóvenes de la Italia medieval se dirigía al padre, tal como se puede decir del movimiento estudiantil parisino de mayo del 68. Pero en la Modernidad, pareciera que la adolescencia ya no está más en relación con el padre edípico, sino que esta empuja hacia una omisión del padre.

Señalemos, por ahora, una importante consecuencia de esta presunta omisión, y que se constata en la clínica psicoanalítica o en cualquier tipo de atención psicoterapéutica: la falta de límite. Niños y adolescentes se niegan a aceptar los límites de la escuela, de la familia, de la sociedad. Pero en los distintos momentos históricos mencionados anteriormente, se puede decir que eran épocas en las que había certeza acerca de qué ordenaba desde el ideal del padre (ideales sociales, ideas religiosas, políticas, ambiciones e ilusiones). Hoy se trata de múltiples límites, y una gran incertidumbre con respecto a qué ocupa el lugar del Padre. En esta multiplicidad, lo que se observa es un debilitamiento de los dispositivos de la cultura para proponer un límite al exceso,

dado que en la alianza entre ciencia, tecnología y mercado, lo que puede ordenar está dado por la cantidad, la cuantificación, el sinsentido, el anonimato y las leyes del mercado, que no solo rigen la oferta y demanda de los productos, sino que también da carácter a estos productos de objeto a, como formas de regulación del goce en una lógica del consumismo y el desecho, cuando su consigna es obtener la mayor ganancia con el menor esfuerzo o inversión, lo cual es válido literalmente para el goce: obtener cada vez más goce, sin límite. En otras palabras, mantenerse en el goce, y a esto los adolescentes presentan una vulnerabilidad particular.

Justificación

Esta investigación se justifica en primer término porque desde una perspectiva psicoanalítica se proponen elementos conceptuales para aproximarse a una explicación acerca de la relación exceso-adolescencia que, a pesar de haber sido observada como fenómeno social en distintas épocas, hasta el momento los análisis realizados por la pedagogía y la psicología, según los autores consultados, han centrado su interés en una propuesta educativa y psicoterapéutica para tratar los efectos de este exceso en lo individual, lo familiar y lo social.

En este orden de ideas, responder a esta pregunta desde el campo psicoanalítico, es introducir unos conceptos que permitan pasar de un nivel descriptivo a una pregunta por lo que subyace a las manifestaciones de este exceso, para estar en condiciones de producir un saber con consecuencias en la intervención con los adolescentes en el ámbito institucional o clínico, y aportar a las elaboraciones teóricas, de tal modo que se propicie un espacio de interlocución del psicoanálisis con las disciplinas de las ciencias sociales interesadas en la cuestión planteada, y de discusión acerca de los principios que guían la práctica profesional.

En segundo lugar esta investigación hace vigente una pregunta que, aunque no ha surgido en la contemporaneidad, contribuirá a precisar algunos fenómenos propios de la adolescencia en

relación con el exceso que emerge, de tal modo que pueda diferenciarse lo que permanece, a pesar de los cambios sociales, los juicios morales, las connotaciones positivas o negativas de las manifestaciones de este exceso, con el fin de situar los límites de la generalización y las manifestaciones de la singularidad.

Además, se trata de un fenómeno contemporáneo que adquiere especificidades particulares en función de la época y de la concepción que tienen las disciplinas que se ocupan de la salud mental y de lo que resulta perturbador en la adolescencia, pero que en realidad se trata de una reedición de una vieja problemática; lo que el psicoanálisis puede argumentar con elementos de análisis que no han sido considerados en los estudios sociológicos, pedagógicos y psicoterapéuticos, pues cuenta con una concepción de lo psíquico y del sujeto que abre una vía de discusión inédita.

Objetivos

General

Dilucidar, desde el psicoanálisis freudiano y lacaniano, el exceso concomitante a la adolescencia.

Específicos:

- Identificar las posibles articulaciones entre adolescencia y exceso, a partir de las proposiciones conceptuales de Freud y Lacan.
- Precisar algunas actuaciones de los sujetos adolescentes que pueden constituirse en destino del exceso en la adolescencia.

Metodología

Esta elaboración se propone como un ejercicio de investigación documental, en tanto su propósito fundamental es el análisis de un fenómeno social –el exceso que emerge en la adolescencia-, a partir de la revisión bibliográfica de textos de carácter histórico, psicológico, pedagógico y psicoanalítico; que no solo es un hallazgo del estado de la cuestión, observado por los autores consultados, en diversos momentos históricos, sino de actualidad en la práctica profesional de la investigadora y de psicoanalistas contemporáneos. Por tanto, el resultado que se espera es una elaboración conceptual, producto de un proceso de elucidación y efecto del desciframiento de las tesis principales de los autores con respecto a dicha pregunta, mediante una lectura rigurosa con la cual se espera captar el decir de éstos acerca del tema en cuestión. Se trata, entonces, del análisis y comprensión de un texto, orientado por una pregunta para producir un sentido mediante el uso del método de la interpretación en psicoanálisis.

Las fuentes primarias de esta investigación son los textos teóricos del psicoanálisis de autores como Freud, Lacan y Miller, y las elaboraciones de psicoanalistas contemporáneos que permitan una aproximación a las posibles relaciones entre adolescencia y exceso; y alcanza un nivel de indagación para la interpretación de los datos hallados en los textos consultados.

Estos textos se han elegido, teniendo en cuenta las principales tesis de los autores con respecto a la pregunta de investigación, lectura que ha permitido seguir las variaciones y recorridos de cada autor, las proposiciones que preceden a los enunciados actuales, interrogar y actualizar los textos de acuerdo al concepto de adolescencia, de sus enigmas y especificidades; dar cuenta de las relaciones de oposición, continuidad o discontinuidad entre las unidades de análisis que se proponen con respecto a lo presentado en el planteamiento del problema; dar cuenta de lo que se escapa a la explicación y aislar los significantes que inscriben el fenómeno tanto en lo singular como en lo universal de la época; como también situar los vacíos en el saber con miras a abrir

nuevos horizontes de investigación, además de construir un argumento teórico que sustente la lógica que articula adolescencia y exceso.

La labor investigadora, en términos generales, presenta en su proceso unas fases o momentos, que dan forma al procedimiento llevado a cabo. Las características de cada una de estas fases pueden enmarcarse en los momentos lógicos que comprenden la investigación psicoanalítica, tiempos lógicos formalizados por Lacan y acuñados por Miquel Bassols (1992, p. 29) como el tiempo de la investigación, así:

Primero: El instante de mirar en la investigación. Momento en el que se aísla en el marco del saber aquello que no se sabe. Aquí aparecen las referencias de otros discursos o saberes necesarios para la investigación, como también los conceptos psicoanalíticos que al inicio de la investigación no se habían contemplado, y que emergen en este momento. Segundo: Un tiempo para comprender. Momento de elaboración de saber, a partir de la lectura, apropiación y discusión con los textos y ante otros. Tercero: Un momento de concluir la investigación. Momento de las conclusiones lógicas de la experiencia. Este momento supone la escritura, pero también la comunicación de lo elaborado. Se espera que las conclusiones propongan o abran paso a nuevas preguntas que profundicen o den continuidad a partir de los hallazgos enunciados.

Estos momentos pueden ser equivalentes a un momento teórico, un momento metodológico y uno de síntesis; y que en el método psicoanalítico corresponden a la interpretación y construcciones a partir de las lecturas analizadas. La definición del método y la metodología de investigación corresponden al segundo tiempo, en la cual se destacan tanto en la investigación tradicional como en la investigación con el psicoanálisis, la precisión, el rigor en la aplicación de los conceptos y la coherencia, los cuales son aplicados de acuerdo al objetivo de la investigación y el campo del saber en el cual se inscriba dicha investigación, que en este caso es el psicoanálisis.

Método de Investigación

Freud en la interpretación de los sueños (1900) plantea como método para descifrar el significado de los sueños la interpretación, donde el primer paso en la aplicación de este procedimiento enseña que no debe tomarse como objeto de la atención todo el sueño, sino los fragmentos singulares de su contenido; se le debe presentar al paciente el sueño en fragmentos, para que este ofrezca sus ocurrencias de cada trozo, condición que aleja este modo de interpretación del método basado en un simbolismo, que busca sustituir un contenido por otro contenido, comprensible y en algunos aspectos análogo, reflejando realmente, el pensamiento de quien interpreta el sueño y no del soñante. El modo interpretativo expuesto por Freud, se acerca al método del descifrado, que como éste es una interpretación en detalle, no en masa (Freud, 1900, p. 36). De este modo de proceder se desprenden principios importantes que se pueden retomar en una lectura analítica: lo que se lee, se interpreta y se analiza, y de dónde se extrae el significado es del texto mismo; de lo que dice el soñante de su sueño, en el caso de la interpretación onírica. Esto correspondería al primer momento de lectura intratextual, en el cual se aíslan unos fragmentos, a partir de los cuales se elucidan las principales tesis del autor, haciendo referencia solo a lo que el autor dice con respecto al tema en cuestión; lo que en la interpretación de un sueño correspondería a todas las ocurrencias del paciente con respecto a ese fragmento del sueño que el analista ha aislado.

Entonces, en la interpretación desde una perspectiva psicoanalítica, el significado producido está en relación con la articulación de los significantes en el texto mismo, los mismos que este ha proporcionado, evitando así un deslizamiento infinito del sentido. Aquí la transferencia no es efecto de la identificación o las simpatías que despierte el texto en cuestión en el lector, sino que está dada por el saber que el lector le supone al texto, al hacerlo responder a la pregunta de investigación a partir de lo que el autor expresa de su doctrina en dicho texto.

La explicación que se obtenga de este modo interpretativo será valorada según la correspondencia de las palabras en el texto mismo y entre los significantes. Lo que se privilegia en este momento de la lectura son los significantes articulados al exceso, y los conceptos que estos significantes demandan para producir un saber acerca de la relación entre exceso y adolescencia. Así, pues, la suposición de saber estará en los textos psicoanalíticos consultados. Este mínimo esquema trasferencial permitirá que pueda darse la interpretación que requiere toda lectura. En este caso, la interpretación nos sirve para localizar los nexos entre el fenómeno observado y el concepto, entre el acontecimiento y el proceso, o la lógica del fenómeno en cuestión, entre los dichos y el decir. Este modo interpretativo aspira a hacer emerger un decir, de lo que concierne al psicoanálisis mismo, en el caso de los conceptos articulados a la pregunta por el exceso en la adolescencia. En esta perspectiva explicar apuntaría a elucidar el saber que se puede extraer de esta premisa utilizando como herramientas conceptos psicoanalíticos en conexión con el exceso en la adolescencia, interrogándolos para develar lo que se manifiesta a través de ellos, lo que escapa a la conciencia, develando esa realidad oculta que se manifiesta en diversas prácticas sociales.

Ahora, como toda lectura implica interpretar, aparecen dos vertientes a considerar: de un lado la referida a la develación de la intención del texto, demarcada por la coherencia interna de este, y de su sistema de significaciones; y de otro lado el texto que se produce al interpretar, es decir una articulación de significantes inédita; pero se trata de una interpretación que “no está abierta a todos los sentidos”, que “no es una significación cualquiera”; y que “su efecto es el surgimiento de un significante irreductible” (Lacan, 1964, p. 258). Significante que protege tanto del dogmatismo como del delirio interpretativo.

En este orden de ideas, la premisa propuesta corresponde al dato a interpretar, el fenómeno a descifrar. El desciframiento está orientado a pasar de la descripción del fenómeno a situar los elementos que componen la estructura de los hechos observados y registrados por los autores

consultados para el estado de la cuestión –las manifestaciones del exceso que emerge en la adolescencia-, introduciendo así el fenómeno tomado del campo social al campo psicoanalítico. Aquí la interpretación apunta a un vaciamiento del sentido producido socialmente con respecto a estas manifestaciones para indicar la falta de saber en las descripciones y conjeturas de las elaboraciones presentes en la bibliografía revisada, para luego llevar las inferencias, significados y significaciones a la producción de un concepto o explicación, que traspase lo imaginario de lo observado y se aproxime a lo estructural del fenómeno.

Finalmente, el orden seguido para responder a la pregunta de investigación comprendió dos momentos: inicialmente una pesquisa bibliográfica en la obra de Freud y Lacan de los términos exceso y adolescencia, que una vez analizada su pertinencia en la cuestión que nos ocupa, se ordenaron para extraer de ellas los elementos requeridos para la comprensión de las relaciones adolescencia – exceso; así como los enlaces nuevos con otros conceptos que en cada cita se descubrían y que hacían avanzar el desarrollo de los objetivos planteados. Así partimos de la pregunta por el exceso que fenomenológicamente se observa como concomitante a las actuaciones de los adolescentes en el espacio social, y a la vez que recorríamos la ruta establecida, nos dejamos llevar por los hallazgos que nos han conducido a la pregunta por los destinos del exceso en la adolescencia, lo cual implicó recurrir a conceptos sobre el padre y el acto que no estaban contemplados en los objetivos.

En un momento posterior, de manera complementaria, hemos recurrido a dos películas – Secretos dolorosos (2000) y Ken Park (2002)- que presentan ejemplos del exceso en la adolescencia e ilustran algunas expresiones del exceso en la contemporaneidad.

Estado de la cuestión

El estado de la cuestión, al cual se dedica el primer capítulo, ha permitido formular una premisa como saldo de la revisión bibliográfica: Hay un exceso en la adolescencia, dado que de manera reiterada, y en distintas épocas y sociedades, la juventud aparece como una edad asociada con la transgresión de la norma y la desmesura de las pasiones —expresiones de dicho exceso—, que rebasaban el control social, moral y policial.

Este capítulo comprende dos momentos: en primera instancia se han reunido las proposiciones encontradas en *Historia de los jóvenes* (1996), acerca de las concepciones que en cada período histórico y contexto social se ha tenido de la juventud, desde la antigüedad hasta la modernidad. De igual forma en esta perspectiva histórica se ha incluido la noción de exceso o desmesura en relación con la juventud, como término usado con más regularidad por los historiadores. A renglón seguido se hace referencia a los antecedentes históricos de la concepción de adolescencia a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Aquí se tuvo en cuenta a Rousseau, aunque su tratado pedagógico data del siglo XVIII, dado que es el primero en utilizar la noción de adolescencia, definida por él, como un “segundo nacimiento” y diferenciada de la juventud, por los cambios que suceden en el cuerpo y en la manera de ser del adolescente; lo cual además ha permitido hacer el paso de la perspectiva histórica a la pedagógica y psicológica. Del libro IV, dedicado a la educación de Emilio, se destacan, especialmente, los términos con los cuales Rousseau nombra la adolescencia, transcribiendo de manera textual los apartados donde hace alusión a la pubertad y a la adolescencia en relación con los cambios del cuerpo, la exaltación de las pasiones y el encuentro con el otro del sexo.

Las proposiciones de Rousseau en *Emilio o de la Educación* (1762) son el fundamento de los sistemas educativos modernos e inspiración de algunos de los autores pioneros en los estudios acerca de la adolescencia, tan importantes como Stanley Hall o Françoise Dolto, Ana Freud, que si

bien conciben la adolescencia desde diversas perspectivas, aportan elementos para responder a la pregunta de esta investigación.

Perspectiva histórica

La adolescencia según la edad

Las “edades de la vida” (Ariès, 1987, p. 33) ocupan un espacio considerable en los tratados científicos de la Edad Media. La terminología empleada para designar estas edades correspondía a nociones positivas de representaciones antiguas del mundo que se remonta a los filósofos jónicos del siglo VI antes de Jesucristo, y como categoría científica era del mismo orden de la física, pero por su uso conocido y repetido pasaron del terreno de la ciencia al de la experiencia común.

Según Ariés (1987) en la Edad Media se conocían numerosos libros acerca de la edad. Uno de estos es el libro VI de *Le grand propriétaire de toutes les choses* (1556), que trata de siete edades en correspondencia con el número de planetas. De la descripción realizada por Ariés, se ha extractado la descripción de cada una de las edades, teniendo en cuenta lo que definía en este momento la juventud.

La primera edad es la infancia, desde el nacimiento hasta los siete años; al recién nacido se le llama *infans*, es decir, no hablante. Después de la infancia viene la segunda edad, la *pueritia*, denominada así, porque en esta edad el niño es todavía como la pupila en el ojo, duraba hasta los 14 años. Luego sigue la tercera edad, llamada adolescencia que terminaba a los veintiún años o podía extenderse hasta los veintiocho. A esta edad la llaman adolescencia porque la persona es lo suficientemente grande para engendrar. A continuación está la juventud, que en medio de las edades, es cuando el individuo posee mayor vigor. A esta edad la llamaron juventud por la fuerza que hay en ella para ayudarse así mismo, y a los otros. Después llegaba la senectud que ocupa el medio entre la juventud y la vejez; a esta edad la persona es seria en costumbres y en modales.

Posteriormente, está la vejez determinada por la falta de buen raciocinio. La última parte de la vejez se denominaba *senies* en latín. Ariès (1987) lo resume así:

Así se obtenía un septenario que permitía establecer una correspondencia con los planetas, los metales, los colores, los días de la semana, las edades del mundo o los dones del espíritu santo. Por ejemplo, *la puerita* estaba influenciada por Mercurio, la adolescencia por Venus y la juventud por el Sol. Estas analogías emparentaban los ciclos de la naturaleza y las propiedades de los astros celestes con las edades de las personas, evocando el vínculo que unía lo humano con los planetas y la continuidad cíclica e inevitable de la naturaleza; esto correspondía a un sentimiento popular y común de la vida, referido al determinismo universal, habiendo una misma ley que regulaba al mismo tiempo el movimiento de los planetas, el ciclo vegetativo de las estaciones, las relaciones entre los elementos, y los humores del cuerpo, con el destino del hombre (pp. 41-42).

La iconografía del siglo XIV precisa algunos rasgos esenciales de las edades de la vida, como son: la edad de los juguetes, la edad de la escuela –los muchachos aprenden a leer o llevan el libro y el plumier, las muchachas aprender a hilar-; después las edades del amor o de los deportes cortesanos caballerescos –noviazgos, paseos de muchachos y muchachas, el cortejo, las bodas o la caza en el mes de mayo-, después las edades de la guerra y la caballería –un hombre armado-, finalmente las edades sedentarias –hombres de leyes-. Así el arte demostraba, en sus representaciones, que las edades de la vida corresponden no solo a etapas biológicas, sino también a funciones sociales (Ariès, 1987, p. 45).

En el siglo XVI, con la traducción de *Le Grand Propriétaire de toutes les choses* del latín al francés, al ya no disponerse de todos los vocablos para definir las siete edades, debido a que la

lengua francesa no cuenta con la terminología que subsistía de la especulación clásico-medieval, las edades de la vida se redujeron a tres: infancia, juventud y vejez (Ariès, 1987, p. 46). Hasta el siglo XVIII, los términos adolescencia y juventud se usaban indistintamente y no había una periodización definida entre infancia y juventud –como se conoce hoy-, más bien, lo que se daba entre estas dos edades era una continuidad cíclica e inevitable, cronológica y biológicamente, que no estaba marcada socialmente de manera precisa, dada la indiferencia de la época por los fenómenos biológicos del cuerpo, por lo cual los signos de la pubertad podían pasar desapercibidos, y la infancia extenderse más allá de la edad cronológica (Ariès, 1987, pp. 47-48).

En el siglo XIV y XV el vocablo niño se emplea como sinónimo de mozo, muchacho, hijo, y tiene su origen en las relaciones feudales o señoriales de dependencia; por tanto, en este ámbito, la infancia terminaba con la emancipación o cuando se superaban grados inferiores de subordinación. Por esto, los términos con los que se alude a la infancia subsistirían para designar familiarmente a las personas de baja condición o sometidas a otros; es así como un muchacho no es necesariamente un niño, puede ser un criado joven. El término *muchacho* se ha conservado hasta nuestro días con esta ambigüedad, para referirse al que, niño o joven, no quiere aprender un oficio, ni instruirse, es glotón, ocioso, peleador en las tabernas y burdeles, aquel que violaba a todas las mujeres que encontraba a su paso; o también para referirse al que sirve en un café o la mesa (Ariès, 1987, p. 49).

El exceso y la justa medida en la adolescencia

El origen etimológico de la noción de exceso es el término griego *Hybris*¹ (personificado por la diosa Atè, diosa de la fatalidad que representaba las acciones irreflexivas y sus

¹ Datos tomados de: <http://es.wikipedia.org/wiki/Hybris> en noviembre de 2013.

consecuencias) que puede traducirse como “desmesura”. En la antigua Grecia aludía a la falta de control sobre los propios impulsos, a los sentimientos inspirados por las pasiones exageradas, a todo lo que sobrepasara la justa medida. En la tradición hacía referencia a los errores cometidos tanto por mortales como por dioses, debido a su *hybris* o exceso de orgullo, que los llevaba a la perdición o la muerte. A la *hybris* se opone la *frónesis*², traducida como sabiduría práctica o prudencia, proveniente del griego *phroneo* que significa comprender.

Ahora bien, en la antigüedad, la justa medida que se oponía a la desmesura de la juventud estaba condensada en el sistema educativo de la *paideia*, la cual pretendía cultivar el cuerpo mediante la gimnasia y el entrenamiento militar; la formación y aprendizaje de un oficio útil para la vida adulta; y la formación ética e intelectual del joven. De este sistema también formaba parte la pederastia, que se constituía en un rito de iniciación que demarcaba el paso de la infancia a la juventud. Así mismo, en la Edad Media, la medida que va a oponerse a la agresividad masculina, al desenfreno de los jóvenes y al exceso de sus pasiones, son las órdenes de caballería y el amor cortés.

La formación de los jóvenes a partir del siglo XVI (Ariès, 1987, p. 439) se inspirará en los elementos de la psicología, así como en la abundante literatura pedagógica con sus descubrimientos acerca de la necesidad de la disciplina. Si bien la educación continúa siendo un instrumento de perfeccionamiento moral y espiritual para ser impartida a los jóvenes, ahora procede de la disciplina eclesiástica o religiosa. En consecuencia, la medida de las pasiones se impondrá bajo la rúbrica de la disciplina y la norma, ya no a efebos y caballeros, sino a los escolares o estudiantes de los colegios característicos de la modernidad.

² Datos tomados de: <http://es.wikipedia.org/wiki/Frónesis> en noviembre de 2013.

En este orden de ideas, la desviación de la norma va a ser uno de los nombres del exceso en la adolescencia; ser joven, en este contexto, significará cuestionar la norma, contradecir la ley. Por tanto, no se espera del adolescente la prudencia, la virtud del pensamiento, *la frónesis* como la habilidad para pensar cómo y por qué se debe actuar para cambiar, mejorar la vida y comprender la diferencia entre el bien y el mal, sino la locura.

La locura adquirió la connotación de enfermedad cuando a *hybris* no se le opuso más la *frónesis*, sino lo patológico como consecuencia del enfoque médico de finales de la Edad Media. En el siglo XIX, en 1887, Emil Kraepelin llama a la locura juvenil hebefrenia (*Hebe* era la diosa griega de la juventud, símbolo de la gracia juvenil) cuando aparece durante la adolescencia, que en tal caso se trataría de una demencia precoz. La hebefrenia presentaba entre otros síntomas el debilitamiento de la voluntad y falta de desarrollo personal.

La referencia a la voluntad de esta concepción sitúa algo del orden de la subjetividad, por cuanto puede ser falta de voluntad para controlar los propios impulsos, pero ya no producto del desenfreno, sino de la enfermedad mental. Entonces, la locura como pérdida de la razón producida por la exaltación o exageración de las pasiones, o la locura como enfermedad, definirán a la adolescencia como un estado de locura, lo cual redimensiona los tratamientos aplicados hasta el momento para el exceso en la adolescencia.

Los jóvenes en la antigua Grecia

Para los griegos, la juventud era la edad de la formación. La gimnasia, la gramática, la retórica, la poesía, las matemáticas y la filosofía, debían dotar al individuo de conocimiento y control sobre sí mismo y sobre sus expresiones. Era una formación para las virtudes que se iniciaba a temprana edad, pero que tomaba gran fuerza en la juventud como período de entrenamiento, como estado transitorio de belleza física; ser joven implicaba la pertenencia a un grupo donde se

ponían a prueba los aprendizajes del entrenamiento militar, el respeto de las leyes de la ciudad y estar en condiciones de crear lazos, costumbres y solidaridades. Así mismo, la caza era una actividad que demarcaba la conclusión del programa pedagógico brindado a los futuros ciudadanos, donde se conjugaba la formación militar con la educación cívica y los ejercicios corporales. El entrenamiento adquirido por los jóvenes en la cacería, se condensaba en una metáfora que trascendía la caza de animales de todo tipo, a la persecución y captura de hombres en la guerra y mujeres en las relaciones erótico-afectivas; además de constituirse en una forma de tratar la agresividad que yace en la naturaleza del hombre (Schnapp, 1996, p. 44). Esta formación, llamada por los griegos *paideia*, se daba en la *polis*, expresión de una vida social debidamente regulada que se impartía a los varones para hacer de ellos personas aptas para cumplir los deberes ciudadanos (Schnapp, 1996, p. 27).

El sistema pedagógico de la *paideia*, era un régimen educativo que no solo se encargaba de preparar a los ciudadanos para la guerra, sino que residía esencialmente en los vínculos entre un joven y un hombre mayor que se convertía en su modelo, guía e iniciador. La pederastia era considerada la forma más perfecta de la educación; este amor era para el hombre antiguo, educativo por excelencia. El amante (posición activa) era designado para que condujera al amado (posición pasiva) de la adolescencia hacia la adultez; en este período de formación, el hombre viejo era amante y maestro. Por ser una forma de iniciación en la vida sexual y social regulada y legitimada, se constituía para estos en un rito de paso.

Así, las relaciones homo eróticas entre un viejo y un efebo —relación sexual del *erastés* con el *erómenos*— estaban aprobadas socialmente, y al igual que la caza y el entrenamiento militar hacía parte de las formas como la Grecia antigua civilizaba la pulsión: “A los amantes unidos por el Eros macho, un sentimiento muy hondo del honor impedía cometer cualquier acción vil” (Schnapp, 1996, p. 32). En este contexto se legitima no solo una relación de subordinación de los

jóvenes a los viejos, sino también su vinculación erótica; una experiencia de amor y deseo entre hombres que lograba una cercanía con el conocimiento, a la vez que era expresión de una voluptuosidad suprema. No existe ningún término griego o latino de la Antigüedad que asemeje lo que hoy se entiende como homosexualidad con las prácticas homoeróticas de los griegos y los cretenses. Ha sido la religión cristiana la que ha dado a la pederastia esa connotación de pecado e inmoralidad, que se intenta regular con la prohibición; mientras que para los griegos se trataba de una práctica controlada por sus fines sociales y políticos.

La desmesura a la que podían conducir las relaciones eróticas de carácter homosexual, encontraba su regulación al ser legitimadas no solo en su función de socialización de los jóvenes, sino como forma de aprendizaje de las virtudes éticas y ciudadanas. Además, el inicio de una relación amorosa entre un joven y un hombre mayor estaba enmarcado en un rito colectivo que tenía sus propias reglas y compromisos que pueden hacerse equivalenter a las del matrimonio, pero con finalidades diferentes.

Una vez terminada la *efebía* –etapa de entrenamiento colectivo militar especializado brindado a los jóvenes, con el cual finalizaba la juventud, equivalente al servicio militar de hoy, que posteriormente se transforma en un centro educativo, donde se conjuga el deporte y la enseñanza literaria y filosófica-, eran ciudadanos en ejercicio de sus derechos, podían formar una familia y participar de la vida política de la ciudad, pero continuaban perteneciendo a la clase de los jóvenes. Puede decirse que el ingreso a la *paideia*, significaba el comienzo de la juventud, y la *efebía* solemnizaba la entrada del joven en la edad adulta.

Para los jóvenes romanos el aprendizaje era fundamentalmente de orden militar. El ejército era gobernado por férreas reglas que oponían la disciplina a la *ferocitas* (coraje, arrogancia y ferocidad), a la valentía incontrolada y al coraje temerario de los jóvenes; atributos que eran considerados como elementos peligrosos o de insubordinación si no se encausaban correctamente.

Las reglas con las que gobernaba el ejército constituían un código de honor que obligaba la devoción al progenitor y a la patria; el amor por la patria estaba por encima del amor filial, aunque tanto la familia como la sociedad se fundaban en el poder total e ilimitado del padre sobre los hijos o del gobernante sobre los subordinados. Aquí lo que se escapa al control, se pone al servicio de la guerra, y la desmesura toma valores positivos en la valentía, el coraje y la disciplina, llevados hasta sus últimas consecuencias; el límite lo trazaba la muerte, la obediencia o el honor del vencedor.

Las jóvenes no participaban de este régimen; no obstante, en Lesbos, hacia finales del siglo VII, según Marrou (2004):

Las jóvenes podían recibir una educación complementaria entre su infancia, que transcurría en el hogar bajo la autoridad materna, y la edad del matrimonio. Esta educación se realizaba en un régimen de vida comunitaria, en una escuela, ‘la morada de las discípulas de las Musas’, que se presenta jurídicamente bajo la forma de una cofradía religiosa dedicada a las diosas de la cultura” regida por una serie de fiestas, ceremonias religiosas o banquetes. Las mujeres no participaban en los juegos del estadio, pero si eran poetisas, músicas, bailarinas y, a veces, hasta nadadoras o gimnastas. En general, el lugar que ocupaban en la ciudad no les permitía entrar en competencia con los muchachos para no convertirse en amenaza para estos (p. 55).

Los jóvenes en la Edad Media

En la Edad Media, los jóvenes de los que se habla son los paladines, *bachelier* o aspirantes a caballeros. En el siglo XII los caballeros eran hombres combatientes al servicio de un Señor o Soberano. En la segunda mitad del siglo XII corresponden a una categoría social, y quizás más específicamente, el grupo profesional y étnico que se oponía a los clérigos y a los campesinos. Para

el siglo XIII el Caballero se define como una categoría de hombres con quienes se permitía que tuvieran trato las damas y damiselas, y a quienes podían amar. En los textos antiguos un caballero es ante todo un buen guerrero.

En esta época fue de gran importancia, la literatura de la caballería como estética que exaltaba a una casta de jóvenes nobles guerreros, cuya “alegría destructora y mortífera” era un rasgo inherente a estos, una característica que los distinguía de los combatientes de más edad o de quienes gobernaban. Así, esa fiesta de violencia dada y aceptada, los Cantares de gesta la envuelven en una estética del color y la luz. Chanson de Roland, (1653-1658), citado por Horowitz (1996) ilustra con estos versos, la muerte como culminación de la vida de un hombre joven, aceptada fácilmente, e incluso se podía anhelar, con la única condición de que fuera grandiosa y bella.

El esplendor bermejo de la sangre sobre la hierba verde, y
 del llamear de las espadas del sol: La batalla es maravillosa y afanosa;
 los francos asestan golpes con vigor y con ira,
 tajan los puños, los costados y las espaldas, y
 los vestidos hasta las carnes vivas.
 Sobre la hierba verde chorrea la sangre brillante (p. 195).

Otra forma de la estética que recubría el exceso, en esta época, fue el amor cortés. La expresión moderna *amour courtois* (amor cortés), *cortoisie* (cortesía) y el adjetivo *courtois* (cortés), fue introducida en 1883 por el medievalista Gaston Paris, y designa de manera general una serie de cualidades nobles y caballerescas: generosidad, lealtad, elegancia de ánimo y de modales, buena educación, capacidad para comportarse debidamente en la vida social; un ideal regido por estrictas

normas de educación y por obligaciones y limitaciones sociales que se imponían a los individuos; cualidades que eran como un velo estético o ético que atenuaba la brutalidad caballerescas.

En los siglos sucesivos, la esencia de la cortesía fue su vínculo con una forma determinada de amor: un arte de amar, una estética de la pasión y una disciplina del deseo erótico, de la que los personajes novelescos de *Lancelot y Tristán* fueron sus modelos más destacados (Horowitz, 1996, p. 195). En el amor cortés, el ardor del caballero, su valor guerrero y valentía estaban ligados al amor. No obstante la caballería y la cortesía eran cuestiones, ante todo, de mujeres. Aunque las novelas *courtoises* llevaban títulos de protagonistas masculinos, no había caballero sin dama y las conductas que caracterizaban a una dama o a un caballero no eran equivalentes, sino simétricas y complementarias, diferenciándose, además, en sus funciones. La nobleza y el valor caracterizaban a los caballeros, pero era su mesura la que los calificaba de cortesés. Por ejemplo, Roldán no podía ser un cortesano, dados sus excesos. Así pues, la caballería era una forma de control social y una forma de satisfacción del deseo sexual en el que la mujer es representada como dispensadora de bienes inagotables y de poderes ilimitados. Solo en este contexto se hace referencia a las jóvenes de manera diferenciada (Horowitz, 1996, p. 208).

Pero a esta edad de oro de la caballería le sigue un período de decadencia que tiene su origen en la teatralización de las gestas. Aunque en las últimas décadas del siglo XIII hubo numerosas investiduras de caballeros, los ritos y ceremonias fuera del campo de batalla lo que destacaban era el festejo urbano y las rivalidades entre las familias por las dignidades caballerescas con las que pudieran ser reconocidas, obtenidas ya no de las confrontaciones bélicas, si no en las competiciones, juegos ecuestres y torneos, donde no se daba una lucha entre los jinetes, sino una muestra en la destreza de los cabalgantes y el alarde de sus armas. Pero, aunque ya no se trataba del enfrentamiento en el campo de batalla y de los honores de la guerra, las investiduras a los caballeros continuó siendo un rito de iniciación para los jóvenes, a partir del cual tenían que

demostrar sus cualidades como combatientes, ahora en el contexto urbano, por lo que estas costumbres continuaron al servicio de encauzar el exceso de la agresividad masculina y de la obtención, a través del reconocimiento de sus cualidades o de la investidura, un lugar en la sociedad.

Con la investidura de caballero a todo hombre que fuera capaz de portar una arma para defender la ciudad, el sistema de valores fue decayendo: “ya había caballeros que eran horneros, cardadores, usureros, bellacos y jugadores profesionales” (Horowitz, 1996, p. 240); es decir, la caballería ya no era la forma de hacer la guerra de la aristocracia; dejó de ser una clase social, un sistema de valores y un género de vida que, aunque no fue una violencia de monopolio exclusivo de los jóvenes de antiguos linajes aristocráticos, contribuyó a crear solidaridades de grupo y cumplía una función social y simbólica. Así la vileza de los campos de batalla se hizo parte de las disputas familiares en el contexto urbano. Lo que era valor se convirtió en defecto, pecado y locura. Ahora el desenfreno de los jóvenes, el excesivo apetito de todos los placeres y la agresividad en la guerra se transformaron en violencias intolerables que precisaba de otras formas de control que sustituyeran las que perdían vigencia, con la mutación de las ordenes de caballeros al servicio de los señores feudales y de su dama.

En otras palabras, la investidura como caballeros era la medida de la pasión por la guerra, y además era el don del padre que lo proveía de las insignias necesarias para presentarse ante una mujer. Los ritos y ceremonias de ordenación de un caballero eran el escenario simbólico mediante el cual un muchacho asumía la virilidad que marcaba la finalización de la infancia.

A finales del Medievo, la imagen de los jóvenes estaba vinculada a comportamientos reprobables y condenables socialmente que evidenciaban el derrumbamiento del sistema de valores de las órdenes de caballería. En el siglo XV se combatía y condenaba esos preceptos a los que la

juventud se adhería anteriormente: la prodigalidad y la valentía, el ardor y la ostentación (Horowitz, 1996, p. 267).

La adolescencia en la Edad Moderna

Lo que se llama adolescencia empieza a forjarse en el siglo XVIII con dos personajes, uno literario: *Querubín*; el otro social: *el recluta*; es decir, con el ingreso del muchacho al ejército. En *Querubín* se mantiene la ambigüedad de la pubertad, al conservar el lado afeminado de un joven que sale de la infancia. Su apariencia se debe a que muy pronto empezaba a participar en la vida social, sin haber desaparecido los rasgos “rellenos y regordetes” propios de los púberes, que daba a los muchachos una apariencia similar a la de las niñas. Aspecto femenino que estaba relacionado con la transformación del niño en adulto, y que reflejaba un estado transitorio en el que nace el amor (Ariès, 1987, p. 53); signos biológicos que no demarcaban la adolescencia, pues, aún sin barba y facciones imprecisas, ya eran hombres aquellos que podían mandar y combatir. Lo que va a connotar la juventud será la fuerza viril de los muchachos, y el adolescente será prefigurado durante este siglo por el militar.

A comienzos de la Edad Moderna algunos de los valores de las órdenes de la caballería y la *paideia* de la Grecia Antigua, los encarna El Sigfredo³ de Wagner (Alemania, 1871), que conservando el escenario mitológico narra el momento en que el joven Sigfredo se convierte auténticamente en un hombre: cuando sale del bosque y abandona la naturaleza a la que es próximo cuando, con *Brunilda*, descubre a la vez el miedo y el amor. El joven Sigfredo personifica la

³ *Sigfrido* (título original en alemán, *Siegfried*) es una ópera en tres actos con música y libreto en alemán de Richard Wagner, la tercera de las cuatro óperas que componen el ciclo de *El anillo del nibelungo* (*Der Ring des Nibelungen*). Esta obra se estrenó en el Teatro del Festival de Bayreuth el 16 de agosto de 1876 como parte de la primera representación completa de la saga de *El anillo del nibelungo* y forma parte del Canon de Bayreuth. *Sigfrido* sigue siendo una de las óperas más populares de este autor. Los datos que aquí se presentan fueron tomados de: http://es.wikipedia.org/wiki/Sigfrido_ópera.

vitalidad triunfante de la humanidad naciente, es un héroe profundamente humano, ama y teme. Su música expresa por primera vez la mezcla de pureza (temporal), fuerza física, temeridad y alegría de vivir; cualidades que harán del adolescente el héroe del siglo XX, el siglo de la adolescencia.

Hacia 1900, el escenario heroico de la mitología y el amor cortés desaparece, y la juventud que en esta época se confunde con la adolescencia, se convertirá en tema literario y de estudio de moralistas y políticos, detentando valores nuevos que vivificarán la estancada sociedad. El nuevo siglo aporta como escenario característico la Escuela, la que va a brindar coordenadas completamente distintas a las prácticas sociales de adolescentes y jóvenes, a la que asistirán por un deseo y no por imposición estatal o religiosa. Esta se constituirá en el escenario privilegiado de la socialización y experiencias de aprendizaje de los adolescentes, la cual, también, se concebirá como un período de formación, pero sujeta a las condiciones específicas del contexto social, económico y cultural. Es en la modernidad que la juventud pasa a ser metáfora del cambio, conservando cierta ambigüedad al representar a la vez la turbulencia y el renacimiento. Así desde esta perspectiva histórica, como grupo social, la juventud es determinada por el espacio en que actúa: el campo de batalla, la ciudad o la escuela.

Otro de los personajes literarios, destacado del siglo XVIII, pero en el ámbito pedagógico y filosófico es el joven Emilio, el personaje a través del cual Rousseau ilustra cómo se debe educar a niños y adolescentes para convivir en una sociedad corrupta. Lo original de Rousseau es que tiene en cuenta la subjetividad del adolescente, al ocuparse no solo de las relaciones entre individuo y sociedad, sino de incluir una propuesta pedagógica para educar las emociones y pasiones que emergen con la pubertad.

La adolescencia según Jean Jaques Rousseau

Rousseau (1762) diferencia adolescencia y juventud, que hasta el momento habían sido usados indistintamente, o con gran ambigüedad, y define de manera precisa la adolescencia con la introducción de la noción de pasión; es decir es fiel a la tradición de la antigüedad, puesto que la educación impartida a los adolescentes se dirige esencialmente a que el adolescente pueda gobernar sus pasiones, dado que afloran con gran intensidad durante la adolescencia.

Emilio o De la Educación es un tratado moral y pedagógico escrito en 1762 por Jean-Jacques Rousseau, que durante la revolución francesa sirvió como inspiración del nuevo sistema educativo nacional. El texto está dividido en cinco partes. Las tres primeras se dedican a la niñez, la cuarta se consagra a la adolescencia, la última se refiere a la educación de Sofía, mujer ideal, y al deber ser de la vida paternal, política y moral de Emilio. Aquí Rousseau utilizó por primera vez el término adolescencia para referirse a un período específico de la existencia humana, concebida como un segundo nacimiento: “Nacemos, por así decir, en dos veces: una para existir, y otra para vivir” (Rousseau, 2007, p. 311). Un segundo nacimiento que conlleva mutaciones, cambios físicos y emocionales que se le imponen al adolescente y que este vivirá como trasgresión o arrobamiento. Los cambios que atañen al cuerpo, incluyendo la voz y la mirada, indican que se ha dejado de ser niño, lo cual es anunciado por el nacimiento de las pasiones que afectan el cuerpo, descritos por Rousseau (2007) para señalar que:

El hombre no está hecho para permanecer siempre en la infancia. Sale de ella en el tiempo prescrito por la naturaleza, y ese momento de crisis, aunque bastante corto, tiene larga influencia, (...) esta tormentosa revolución se anuncia mediante el murmullo de las pasiones que nacen: una sorda fermentación advierte de la proximidad del peligro (...) una mutación en el humor, frecuentes enfados, una continua agitación de espíritu, hacen casi

indisciplinable al niño. Se vuelve sordo a la voz que lo hacía dócil: es el león enfurecido; desconoce al que le guía y ya no quiere ser gobernado (...) su fisonomía se desarrolla y se imprime en ella su sello característico; el vello escaso y suave que crece bajo sus mejillas toma consistencia. Su voz cambia, o mejor dicho, es otra; no es niño ni hombre (...) sus ojos que son los órganos del alma que hasta ahora nada han dicho, encuentran su un lenguaje y expresión; un fuego naciente los anima (...) empieza a saber lo que siente, y está inquieto sin motivos para estarlo. Todo esto puede venir despacio y dejaros tiempo todavía; (...) pero si su arrebató (...) se convierte en furia, si de un instante a otro se entenece y se irrita, si llora sin causa (...) si se estremece cuando la mano de una mujer toca la suya, si se turba o intimida ante ella (...) (p. 312).

Para Rousseau (1762) la adolescencia es el tiempo en que nacen las pasiones y el espíritu es vivificado, lo que se manifiesta en los cambios en las emociones, en lo que siente y hace el adolescente; sus enseñanzas no pretenden sofocar o desaparecer ese “ardor de la adolescencia, los espíritus vivificantes en su sangre, que llevan a su joven corazón un calor que brilla en sus miradas, que siente en sus palabras, que se ve en sus acciones” (Rousseau, 2007, p. 374), sino que el adolescente sea mesurado en sus acciones. Así mismo hace referencia a que en esta época se da un reconocimiento del otro como semejante, entonces hace referencia a valores como el amor tierno a la humanidad, a la generosidad, a la amistad; y de igual forma resalta la importancia para el adolescente de la mirada o el contacto con una mujer, de la cual se tiene consciencia, aproximadamente, a los dieciséis años. La adolescencia podría ser entonces lo que acontece al espíritu después de la infancia y antes de la adultez, mientras que la pubertad es lo que acontece al cuerpo. Estas transformaciones se inician a los doce o trece años, y se extienden hasta los comienzos de la juventud, aproximadamente a los dieciséis años. Para Rousseau (1762) la

adolescencia es la edad de las pasiones, así como la niñez es la de la inteligencia. Y en esta edad que precede a la pubertad el niño tiene “el cuerpo sano, los miembros ágiles, el ánimo justo y sin prejuicios, el corazón libre y sin pasiones” (Rousseau, 2007, pp. 309-310). Así pues la emergencia de las pasiones diferencia la niñez de la adolescencia, de la cual el texto anterior es, además, muestra de una descripción poética de las metamorfosis de la pubertad.

Según Rousseau, la adolescencia es la edad en la que se adquiere consciencia del sexo, en la que se accede a un saber acerca de la diferencia sexual, la cual, a su juicio, podía enseñarse y convenía aplazar hasta los dieciséis años; lapso en el que hace su aparición el deseo sexual, precedido por la inquietud que surge en la adolescencia. Rousseau (1762) consideraba que los niños no conocían el pudor y que dada su inocencia no sentían vergüenza o culpa; a diferencia de la mirada que se descubre en la pubertad, que ahora tiene otro contenido: se dirige al otro sexo, y manifiesta la atracción sexual.

Para Rousseau (1762) se trataba de moderar las pasiones, de frenarlas, pues a medida que “la sangre se inflama” (Rousseau, 2007, p. 324) es preciso ordenarlas y reglamentarlas. Reprender y moderar las pasiones era algo que Rousseau pretendía lograr con la educación; proponía además que se les ofreciera a los jóvenes espectáculos o actividades que no los excitara, que no avivara los sentidos, que reprimiera sus acciones, para que ignoraran los placeres hasta que supieran escoger lo que más les conviniera según la razón y las buenas costumbres. Rousseau recomendaba prolongar la infancia, mantener al adolescente en la ignorancia de situaciones que pudieran alterar los sentidos y hacerlos desear lo que se les ha enseñado a temer de niños: el asedio de las pasiones (atemorizar su imaginación con los peligros que rodean a todo mortal, con lo que puede atacar las sanas costumbres, los sentimientos y principios); así esperaba evitar que el joven optara por una vida de costumbres licenciosas. Se trataba de cultivar el espíritu humano, todo su método pedagógico estaba fundamentado en contener y regular las pasiones y fomentar las virtudes. No

obstante, reconocía que si bien las pasiones podían representar un peligro para el adolescente en formación, vivifican el espíritu a través de la imaginación y el protagonismo de los sentidos; esto puede situarse en distintas partes del texto donde hace referencia a los cambios de contenido de la voz y la mirada.

La crisis de la adolescencia, para Rousseau (1762), se da cuando aparece un objeto concupiscente que hace emerger el deseo y la tentación; pero el peligro para los jóvenes no está en la arremetida de las pasiones, sino en que se dejen dominar por ellas. Rousseau confiaba en que Emilio no tendría dificultades, debido a la educación que había recibido durante quince años, fundamentada en la labor de sujeción de las pasiones, a lo cual sirven el temor y la vergüenza. Rousseau precisa que no se trata de aniquilar las pasiones, sino de regularlas, aunque sea más difícil lo segundo que lo primero; por lo tanto no era aconsejable evitar toda ocasión de satisfacer el instinto, pues esto debilita el corazón y el cuerpo, lo cual sería funesto para un joven, porque sería evadir el fin de la naturaleza. Consideraba que las pasiones y los instintos, eran como un enemigo que se lleva dentro de sí. Un hombre sabio era el que sabía gobernar sus pasiones, y estas se gobiernan obedeciendo al corazón y no a los sentidos, obedeciendo las leyes, siendo dueño de sí mismo.

El libro V de Emilio o De la educación (2007, p. 533) está dedicado a la educación de Sofía. Sofía es la futura compañera de Emilio. Esta es una construcción imaginaria que Rousseau hace para Emilio, un modelo que le ha hecho amar, que reúne todas las virtudes deseables en una mujer para conveniencia del joven. La educación que recibe Sofía es para ser esposa y madre. Formada en el arte de agradar, el recato le impone la moderación. Dice Rousseau: como las mujeres tienen los deseos sin límites, la vergüenza y el pudor le sirven de freno. El autor considera que las mujeres deben tener poca libertad, dado que es propio de las mujeres que se extralimitan en su uso, excediéndose en todo, por eso sus arrebatos deben ser moderados para que causen muchos vicios.

Rousseau recomienda dejarlas que rían, sean alegres, hagan bulla, retocen, pero no se debe consentir que no conozcan el freno durante un solo instante de su vida. Según Rousseau, la desmesura de las pasiones en los hombres se limita con la razón, en las mujeres con el pudor, la vergüenza y la modestia. Este control está a cargo del compañero o esposo, mientras que el hombre adulto puede dominarse a sí mismo.

De esta manera, podemos, haciendo eco a los planteamientos de Rousseau, situar en la pubertad, además de las transformaciones del cuerpo, sus afectos, emociones y sensaciones sentidos por primera vez, los aprendizajes necesarios para dominar el deseo sexual y la pulsión. Así, lo que Freud llamó la sexualidad en despertar (Freud, 2008, [1895] p. 250), lo podemos hacer corresponder con lo que Rousseau nombra aquí como el nacimiento de las pasiones, un segundo nacimiento para el sujeto “donde nace verdaderamente a la vida y donde nada humano le es ajeno” (Rousseau, 2007, p. 313). Aspectos que los psicoanalistas herederos de estos dos retoman, y de los cuales a continuación presentamos algunas ideas en relación con la adolescencia y el exceso.

La adolescencia en el psicoanálisis posfreudiano

Hacia 1900 la adolescencia se convertirá en tema literario y de estudio de la psicología, la pedagogía y el psicoanálisis, detentando valores nuevos que vivificarán la estancada sociedad. Después de la guerra de 1914, se toma conciencia de este periodo de la vida y se pasa de una época sin adolescencia a otra en la que es la edad privilegiada. Así los estudios del siglo XX referidos a la adolescencia, tomaron una orientación psicopedagógica y psicoanalítica, heredera de la tradición de Rousseau y de Freud. Autores como Stanley Hall (1904), Otto Rank (1945), August Aichhorn (1925), Anna Freud (1936) y Françoise Dolto (1990), aunque dieron distintas perspectivas a sus estudios (culturalista, aprendizaje social, psicopedagogía), aportaron elementos significativos a la comprensión de esta etapa de la vida o estadio del desarrollo. Las reseñas de los aportes a los

estudios sobre la adolescencia han sido tomadas de Rolf Muss, quien en su texto *Teorías de la adolescencia* (1969), expone los postulados principales de psicólogos y psicoanalistas dedicados a explicar el fenómeno de la adolescencia. De las reseñas elaboradas por este autor se han elegido los autores psicoanalistas post freudianos que aportaron elementos para la comprensión de la relación del exceso y la adolescencia.

Los primeros estudios aparecen en 1904, en Estados Unidos, con Stanley Hall, quien expone su teoría biogénica de la adolescencia en su libro: *Adolescence* (1904). Fue pionero en la utilización de métodos científicos para el estudio de la adolescencia, por lo cual es considerado el padre de la psicología de la adolescencia.

Stanley Hall (1904) describió la adolescencia como un período característico de “tormenta e ímpetu” (Muuss, 1966, p. 25), términos que toma de la literatura germana, que corresponde al período que incluye, entre otras, las obras de Schiller y las primeras de Goethe. Este movimiento literario estaba lleno de idealismos, reacciones contra lo viejo, expresión de sentimientos, pasiones y sufrimientos personales. Hall encontraba una analogía entre los objetivos de este grupo de jóvenes escritores de fines del siglo XVIII y principios del XIX con las características de la adolescencia.

Las teorías de Hall (1904) acerca de la adolescencia se basan en las teorías de la evolución de Charles Darwin, con base en la cual explica que el desarrollo humano obedece a factores fisiológicos y genéticos que determinan el crecimiento y la conducta del individuo. Su teoría evolutiva de recapitulación consideraba la adolescencia como un proceso filogenético; es decir, el desarrollo de cada individuo pasa por los momentos y evoluciones de la humanidad a través de la historia. En términos de la recapitulación, la adolescencia corresponde a una época en que la especie humana se hallaba en una etapa de turbulencia y transición. Hall percibía la vida emotiva del adolescente como una fluctuación entre varias tendencias contradictorias: energía, exaltación y

actividad sobrehumanas alternan con la indiferencia, el letargo y el desgano. La alegría exuberante, las risas y la euforia ceden lugar a la disforia, la lobreguez depresiva y la melancolía. El egoísmo, la vanidad y la presunción son tan característicos de ese período de la vida como el apocamiento, el sentimiento de humillación y la timidez.

Hall (1904) consideraba esos impulsos antitéticos de entusiasmo y melancolía como determinantes del concepto de *Sturm und drang* (tormenta e ímpetu) característicos del período adolescente. Con ese movimiento constante entre estos dos extremos –entusiasmo y melancolía-, Hall nombra el exceso propio de la adolescencia, que considera similar a los períodos atravesados por la humanidad desde la Antigüedad a la Modernidad, con lo cual anuda lo particular a lo universal.

Otto Rank (1945) uno de los pioneros del psicoanálisis, alumno directo de Freud, considera que la pulsión sexual amenaza la independencia que el adolescente ha logrado con la llegada de la pubertad. Esta amenaza no proviene de personas o fuerzas exteriores, sino de una necesidad interior. En la pubertad, según este autor, la sexualidad constituye una fuerza incomparablemente superior al conjunto de las autoridades exteriores. Para Rank (1945) el adolescente se opone a la sexualidad porque esta es una fuerza que puede dominarlo, una voluntad que lo hace dependiente. Para defenderse el adolescente recurre a la promiscuidad o el ascetismo. Con el primero logra la satisfacción sexual sin compromiso del yo. Si elige el ascetismo conserva su independencia porque rechaza con fuerza de voluntad toda clase de compromisos que lo hagan dependiente.

Para Rank (1945) la pulsión es una amenaza, que aunque es interior sobrepasa la razón y la voluntad; su irrupción se constituye en un peligro que puede obstaculizar el proceso de emancipación y autonomía de la adolescencia de no ser controlada por las defensas del Yo (Muuss, 1966, p. 38). Aquí el exceso se sitúa en la magnitud de esa fuerza que se impone, de la que es preciso defenderse.

August Aichhorn (1925)⁴ al finalizar la primera guerra mundial, en 1918, las autoridades vieneses le encargaron la educación de niños y adolescentes con problemas, y lo nombraron responsable de un centro educativo para niños delincuentes. Fue el primero en aplicar el psicoanálisis en la educación y tratamiento de los delincuentes y niños disminuidos. Aichhorn sostenía que el comportamiento antisocial tenía que ver con determinadas experiencias emocionales sufridas en la niñez, y afirmaba que el conocimiento de los motivos inconscientes de tales comportamientos ayudaría a la reinserción social de los niños con comportamiento problemático. Para Aichhorn en el adolescente se presentaba dos tendencias o fuerzas en contradicción: una reprimida y la otra represora. Qué fuerza vencía dependía del nivel cultural, que siendo primitivo o inferior se caracteriza por una menor restricción de la inmediata satisfacción de la pulsión, para conformarse con los requerimientos de la vida social, y solo bajo la presión de una expresión dolorosa, podía el adolescente lograr moderar sus impulsos y aceptara las demandas de la sociedad. En la mayoría de los casos que propone Aichhorn en su libro *Juventud desamparada* (1925) puede leerse como nombre del exceso, la delincuencia juvenil, comportamientos transgresores que han desbordado la ley y el control social, y ahora necesitan de la institución como contención a los excesos de la pulsión.

Este autor hace un avance teórico con respecto a otras épocas, proponiendo una explicación que presenta a la familia como causante de la delincuencia juvenil, y proponer un modelo pedagógico para tratar la delincuencia juvenil basado en las proposiciones psicoanalíticas de Freud. A este trabajo Freud le hizo eco escribiendo su prólogo en el que destaca la importancia de la

⁴ Los datos biográficos de este autor fueron tomados de <http://psicoterapeutas.eu/august-aichhorn/>

aplicación del psicoanálisis a la educación infantil, y reconoce el alto valor social que puede reclamar la labor de sus amigos pedagogos (Freud, 1925, sp).

Anna Freud (1936) considera la adolescencia como un período de la vida humana caracterizado por un ostensible aumento de la libido, derivado de los cambios físicos y del desarrollo sexual que ha operado un aumento de la cantidad de energía instintiva. Con el inicio de la pubertad, la carga libidinal es retirada de los impulsos pregenitales y concentrada en la genitalidad, por lo cual las tendencias fálicas se tornan anormalmente exageradas y llegan a ser incontrolables. El Ello ahora dispone de una mayor cantidad de libido que emplea sin discriminación con cualquier objeto al alcance; por esto los impulsos agresivos suelen intensificarse hasta la crueldad sin freno; el hambre llega a ser voracidad y la maldad del período de latencia se transforma en conducta criminal; los deseos, las fantasías y procesos instintivos, reducidos al inconsciente, a causa de este incremento libidinal, vencen los obstáculos de la represión y emergen en la conciencia (Anna Freud, 1950, p. 161). La embestida del Ello no hace sino traer a la consciencia el contenido familiar de la sexualidad infantil.

La alteración en la distribución de las fuerzas psíquicas a causa de la modificación cuantitativa y cualitativa de las pulsiones, produce angustia en el individuo a la que el Yo responde con la intensificación de los esfuerzos defensivos para hacer posible alguna satisfacción que mantenga el equilibrio entre el Ello, el Superyó y las fuerzas del mundo externo. Cuando este proceso no tiene un curso normal, el aumento de las exigencias instintivas genera una intensificación de los esfuerzos defensivos para dominar los instintos que emergen y conciliar en el conflicto que se produce entre las instancias psíquicas del Ello y el Yo.

Entre las posibles modificaciones que el Yo puede asumir ante la angustia que emerge por la alteración de las fuerzas pulsionales derivadas de las transformaciones de la pubertad y la adolescencia, la autora destaca el ascetismo y la intelectualización. Según Ana Freud, el problema

del adolescente no se relaciona con la satisfacción o frustración de especiales deseos instintivos, sino con el goce o renunciamiento instintivo en sí (Anna Freud, 1950, p. 169). Los adolescentes que pasan por un período ascético parecen temer más la cantidad que la calidad de los instintos. En general desconfían del goce o placer en sí mismos, y su sistema más seguro consiste simplemente en oponer al incremento y apremio de sus deseos las prohibiciones más estrictas. Este recelo del adolescente para con el instinto tiende a extenderse de los deseos instintivos a las necesidades cotidianas más triviales que niegan todo impulso de carácter sexual. En lugar de las formaciones de compromiso que corresponden a los síntomas neuróticos y de los habituales procesos de desplazamiento, de regresión, de vuelta contra sí mismos, se da un intercambio del ascetismo por los excesos instintivos, entonces el adolescente súbitamente se entrega a todo lo que había considerado prohibido. De no darse una transacción entre prohibición y realización de los impulsos sexuales se produce una parálisis de las actividades vitales del sujeto. Esta alternancia entre renuncia y exceso se deriva de la oposición entre el Yo y el Ello que al no terminar en una satisfacción sustitutiva es fuente importante de angustia.

Otra de las modificaciones que sufre el Yo durante la pubertad en la esfera inconsciente de la vida pulsional y afectiva, al interponer las defensas necesarias para resistir los avances del Ello, es el aumento de las facultades intelectuales. Para esta autora el intelectualismo del adolescente contribuye a los ensueños diurnos para derivar del proceso ideativo del pensar o el conversar una satisfacción sustitutiva que no tiene que probar en la vida real. Según las observaciones de esta autora los temas sobre los cuales se intelectualiza o racionaliza corresponden a los que promovieron los conflictos entre las diferentes instancias psíquicas. Los procesos instintivos se expresan en términos intelectuales (Anna Freud, 1950, p. 178), es un esfuerzo del yo por dominar los instintos mediante una labor intelectual.

En estos dos procesos defensivos (ascetismo e intelectualismo), el yo se ve amenazado por el peligro de ser sumergido por los instintos; lo que angustia al Yo es ante todo la cantidad de la fuerza instintiva. Para Ana Freud (1936) el exceso es correlativo al incremento de libido inaplicable que exige un gasto constante de contra cargas, de mecanismos de defensa y formación de síntomas a fin de subyugarlo.

El conflicto entre el Yo y el Ello que plantea Anna Freud (1936) se contrarrestaría con el fortalecimiento de las defensas del Yo ante el exceso de los instintos, cuyas exigencias ponen al adolescente en la disyunción del renunciamiento o la realización de determinados impulsos sexuales, o ante la rebelión o el sometimiento a la autoridad de otros.

Françoise Dolto (1990), autora destacada en el psicoanálisis francés y alumna de Jacques Lacan, importante por sus investigaciones en la pedagogía y psicología acerca de la adolescencia. En *La causa de los adolescentes* (1990) –obra póstuma- da continuidad a su primer trabajo acerca de la infancia: *La causa de los niños* (1985). En su libro Dolto reitera que no hay una cronología precisa que señale cuando comienza la adolescencia, o cuando finaliza; lo que sí se puede establecer es una influencia que los empuja hacia esta zona de turbulencias, que cada uno vive de acuerdo a un ritmo propio. La autora considera que la adolescencia es un momento en el que el adolescente tendrá que sufrir cierto número de pruebas, franquear obstáculos y resolver crisis originadas en su interioridad o en las presiones del medio; como también hacer una ruptura con las certidumbres de la infancia que favorezca la autonomía, para lo cual necesitará de toda “la voluntad de vivir y de toda la energía de su deseo para afrontar la muerte de la infancia” (Dolto, 2004, p. 19).

Dolto (1990) usa conceptos psicoanalíticos para explicar el desarrollo psicosexual del adolescente e interpretar las crisis emocionales y relacionales que atraviesa, de modo que mantiene la perspectiva epistemológica de los conceptos de evolución y temporalidad, a los que se asocia los conceptos de fijación, retroacción o resignificación; sin embargo se orienta con respecto a lo que

considera problemático en la adolescencia, desde la pedagogía; en consecuencia la reorganización psíquica que se produce durante la adolescencia sería efecto de un aprendizaje.

Dolto (1990) retoma la concepción de Rousseau (1762) acerca de la adolescencia como segundo nacimiento que sigue a la muerte simbólica de una época: la infancia; definiéndose, en consecuencia, como un período atravesado por muertes simbólicas, tales como la del cuerpo infantil, la bisexualidad, y los padres de la infancia. Estas muertes simbólicas dejan al adolescente propenso a lesiones psíquicas que en muchos casos podrían ser irreparables y que estarían en el origen de algunos síntomas. Aquí la adolescencia es concebida como una fase de mutación, una muda respecto de la cual nada sabe el adolescente.

En la concepción de Dolto (1990) de la adolescencia como segundo nacimiento, hace mención a la satisfacción sexual a la que el adolescente ahora puede acceder, aunque no sin crisis y conflictos. Si bien hace referencia a la pulsión, que aparece a esta edad, en sus dos vertientes, y que lleva al adolescente a situaciones de riesgo, no son nombradas propiamente como un exceso, más bien con esta expresión hace alusión a un déficit que nombra como pérdida, como impotencia, como falta. Se refiere a la juventud como un purgatorio (La primera parte del libro se titula: El purgatorio de la juventud y el segundo nacimiento), lo cual sugiere que este momento de la vida es un tiempo en el que se pasan penalidades que permiten el paso a un estado mejor; y si se toma una de las acepciones del purgatorio como verbo, es decir purgar, puede inferirse la concepción de la juventud como una época en la que se moderan las pasiones. Dolto (1990), entonces, presenta este exceso que se asocia a la adolescencia como un más, pero también como un menos, que produce un impase tanto en lo individual como en lo social.

Para esta autora la educación es de gran importancia durante la adolescencia en oposición a la represión sexual, que a su juicio ha sido la respuesta de los adultos (padres y educadores) al momento de debilidad y vulnerabilidad, “de máxima fragilidad” (Dolto, 2004, p. 22) para el

adolescente. Esta represión, puede desembocar en síntomas como el fracaso escolar, la drogadicción y la oposición a la ley que no le permite ser ni vivir, como también en actos de regresión, falta de deseo por la vida o imponerse un deseo de muerte, para defenderse de dicha fragilidad. Por tanto, para Dolto (1990), lo problemático no es la exaltación del deseo o las acciones que lo ponen en riesgo, sino la respuesta que se da a estas situaciones o actuaciones, tales como la educación o la represión. Para la autora lo fundamental es crear las condiciones sociales y familiares para que el adolescente logre vencer las dificultades que le impiden el paso hacia la vida adulta.

A manera de corolario

En este orden de ideas, el exceso en la adolescencia –en una perspectiva histórica-, ha tenido tres escenarios sociales fundamentales: el campo de batalla, la ciudad y la escuela; de ahí que la caballería, las leyes civiles y la educación se constituyeron en el recurso simbólico para tramitar estos excesos; incluso ha habido momentos históricos en los cuales este ha tomado valores positivos (coraje, ferocidad, temeridad, ímpetu, apasionamiento) que evidencian su tratamiento mediante el deseo; no obstante, el discurso social convirtió a la juventud en una amenaza del orden, la tradición, la moral y la cultura, debido a la emergencia de dicho exceso.

Estos escenarios respondían a la necesidad de regulación de la pulsión y control de las pasiones exaltadas en la juventud; idea que ha sido recurrente en las distintas épocas estudiadas. Desde la antigüedad hasta la contemporaneidad, las sociedades han respondido a la exaltación de las pasiones de la juventud con mecanismos de control, no solo represivos, sino también con sistemas educativos y pedagógicos que propenden por la moderación de las actuaciones de los jóvenes. Así la juventud puede definirse como el tiempo de templar las pasiones y prepararse para asumir las responsabilidades, referidas en términos generales a completar su adiestramiento para

el trabajo, formar una familia y asumir los deberes como ciudadano, de acuerdo a las costumbres y ritos de cada época. La juventud es esencialmente una construcción social y cultural, definida a partir de prácticas sociales de carácter grupal con una connotación o sentido de iniciación y transición; las prácticas sociales tenían como finalidad servir de contención al exceso, a la vez que es en estos escenarios sociales en los que se daba la desmesura que histórica y socialmente se ha considerado propia de la juventud.

Es de resaltar que prácticas sociales como festividades, carnavales y actos de vandalismo tenían una connotación sexual, mediante las cuales los jóvenes afirmaban su virilidad o avanzaban hacia el encuentro con el otro sexo; es decir, para los jóvenes cumplía la función social de reconocimiento, mientras que colectivamente eran prácticas sociales que intentaban regular tanto la agresividad como la sexualidad.

Ahora bien, quien nos permite pasar de la dimensión social y mecanismos de control del exceso que emerge en la juventud, a su dimensión subjetiva en la adolescencia es Rousseau cuando propone un método pedagógico para contener y regular las pasiones, mediante la disciplina en la satisfacción del instinto, y el fomento de las virtudes. Si bien, Rousseau reconocía, que las pasiones podían representar un peligro para el adolescente en formación, consideraba que vivificaban el espíritu, a través de la imaginación y el protagonismo de los sentidos.

A partir de este momento, los investigadores y estudiosos de la adolescencia se centran en el análisis de lo que ocurre al adolescente durante esta etapa de la vida. Así la adolescencia se constituye en un momento de turbulencia y transición, cuyos efectos en la subjetividad es el tema de interés de pedagogos y psicólogos; para unos cuentan los afectos, como polos opuestos que alternan entre la alegría y la melancolía, entre la abulia y el ímpetu; para otros los comportamientos antisociales de los adolescentes que tuvieron una mirada psicoanalítica, a partir del trabajo de los post freudianos, alumnos de Freud, en el campo institucional y clínico.

Estos, herederos de Freud, se refieren de manera específica a la pubertad y a la adolescencia, y ubican en la fuerza de la pulsión y la ausencia de razón, el peligro o la amenaza a la que están expuestos los adolescentes, a diferencia de los historiadores que solo consideraban la amenaza o el peligro que el exceso de la pulsión representaba para el orden social; los psicoanalistas retoman el exceso libidinal como característico de la pubertad, situándolo en el Ello, que ahora utiliza esta mayor cantidad de libido indiscriminadamente, por lo cual no solo la pulsión sexual se intensifica, sino también los impulsos agresivos se vuelven voraces.

Los autores que consideran como característico de la adolescencia el conflicto psíquico aluden, de manera especial, al desequilibrio entre las instancias psíquicas que produce este exceso libidinal, lo cual implica esfuerzos mayores para defenderse y hacer frente a los conflictos entre el Ello y el Yo. A este conflicto psíquico, el adolescente puede responder con una alternancia entre la renuncia a toda satisfacción, o gozar de la trasgresión.

Con la psicología y la psiquiatría, el exceso en la adolescencia se circunscribe al campo de la psicopatología, para ser nombrado como locura, donde los síntomas son expresión derivada de la pérdida de la razón, que servirá para definir la adolescencia como un estado de locura. En este ámbito de lo psicopatológico, cuando la locura se presenta en la adolescencia se considera una demencia precoz y se denomina hebefrenia, para distinguirla de los trastornos mentales que se presentan en la adultez. De otro lado, autores como Anna Freud (1936) y Dolto (1990) hacen especial énfasis en la educación en oposición a la represión sexual, lo cual evitaría síntomas como el fracaso escolar, la drogadicción, actos de regresión, rebeldía y el suicidio.

De esta manera los autores estudiados nos han trazado una ruta y señalado aspectos y conceptos a tener en cuenta en el desarrollo de la pregunta de investigación que nos ocupa. Así la alternancia de los afectos, el incremento libidinal de la pubertad, el conflicto psíquico y sus mecanismos de defensa, las muertes simbólicas de la adolescencia y sus crisis sintomáticas, se

pondrán en consonancia con los desarrollos de Freud en *Las metamorfosis de la pubertad* (1905), con las enseñanzas extraídas de los casos clínicos de las adolescentes tratadas por Freud, y con los aportes de Lacan, que hacen avanzar la conceptualización del exceso en la adolescencia en relación con el deseo, el goce y el padre.

El exceso en la pubertad

Pubertad, adolescencia y juventud, han sido nociones referidas a un periodo de la vida de particular interés, que interrumpe la continuidad entre la infancia y la adultez que podría observarse en otras épocas. En términos generales, son tres acontecimientos que podemos referir al cuerpo, a la subjetividad y a lo social; donde el joven es el sujeto preparado para asumir responsabilidades y vivir en sociedad, una vez elaborada una respuesta a todos los cambios orgánicos y psíquicos que presentan la pubertad y la adolescencia.

Freud se ocupa de la pubertad y sus transformaciones en *Metamorfosis de la pubertad* (1905) en dos aspectos: uno referido al desarrollo puberal, a la economía libidinal, y otro a las elecciones que el sujeto debe realizar con respecto al objeto; es decir es un momento en el cual el sujeto define sus relaciones con el goce. La referencia a la economía libidinal y el desarrollo puberal de Freud deja de ser solo biológica, en tanto el revestimiento libidinal del órgano conecta la pulsión con lo psíquico, mediante la acción del lenguaje, que hace de la libido “un órgano fuera del cuerpo, como esa parte del goce que permanecerá ajena al cuerpo que se significantiza” (Stevens, 1998, p. 31). Ahora bien, la libido “como órgano fuera del cuerpo” la podemos pensar como ese exceso libidinal –del que nos habla Freud-, producto del despertar de la sexualidad que no se liga a una representación, y por tanto no se produce un sentido.

Stevens (1998) en *Psicoanálisis con niños y púberes*, plantea la adolescencia como síntoma de la pubertad (p. 26); se trata –dice- de la respuesta que el sujeto adolescente elige en el encuentro con un imposible; lo que puede ponerse en consonancia con la elección de objeto que debe hacer ante la presencia de un goce que es imposible, dada la prohibición del padre. El sujeto adolescente, entonces –continúa Stevens-, adopta uno posible y esto es el síntoma. A esto podemos agregar que no solo ha elegido una forma de goce, sino que también se ha producido un sentido con respecto a lo sexual; es decir, de alguna manera ha resuelto algo de esa ausencia de saber sobre lo sexual que menciona Stevens en este texto, y que puede conducir a la angustia o a una actuación que transgrede los límites del ideal del padre. Esta ausencia de saber también hace referencia al exceso libidinal de la adolescencia que no encuentra una representación a la cual ligarse, que permita una tramitación del exceso en un síntoma.

Si bien, Freud no hace ningún desarrollo en relación con la adolescencia, sino que conceptualiza es con respecto a la pubertad y sus efectos en el psiquismo, la correlación que nos propone Stevens (1998) entre pubertad y adolescencia nos da elementos para pensar la adolescencia en Freud como un momento de comprensión, propiciado por las transformaciones de la pubertad, es decir, el desciframiento del sentido que contiene el síntoma. Ahora, dado que Freud desarrolla algunos aspectos derivados de la relación que hace entre pubertad y exceso, hemos tomado sus aportes para responder a la pregunta por el exceso en la adolescencia.

En este orden de ideas, para avanzar hemos comenzado por situar en la obra de Freud, las referencias al exceso, las cuales están en relación con la pubertad. Así en *Estudios sobre la histeria* (Freud, 1895), aparece una referencia al exceso como un *quantum* hipertrófico de excitación nerviosa libre que pide ser aplicada. Este exceso –dice Freud- es a consecuencia del desarrollo puberal.

Durante el desarrollo puberal, y a consecuencia de él, a la superabundancia originaria viene a sumarse aquel violento acrecentamiento de excitación que brota de la sexualidad en despertar, de las glándulas genésicas. Ahora se dispone de un quantum hipertrófico de excitación nerviosa libre para fenómenos patológicos (Freud, 2007 p. 250).

Para Freud el exceso es consecuencia del desarrollo puberal, se sabe de él por el incremento de la excitación nerviosa; es decir, este exceso que aparece con la pubertad tiene dos escenarios: uno físico: hay una cantidad exagerada de energía que no ha sido absorbida, destinada; y otro biológico: el desarrollo de las glándulas genésicas, es decir, la posibilidad de la reproducción sexual; y produce unos fenómenos patológicos. Los fenómenos patológicos a los que aquí hace referencia Freud, son las manifestaciones histéricas.

El hecho de que Freud se remita a este exceso de excitación propio del desarrollo puberal como a un *quantum* hipertrófico, da para pensar en magnitudes que varían al pasar de un estado a otro. Puede decirse, entonces, que este exceso se produce al pasar del estado de latencia en el que se encuentran las mociones pulsionales, después del sepultamiento del Edipo, a la actividad pulsional que emerge con las metamorfosis de la pubertad. Es como pasar de un estado de homeostasis a un estado de excitación producido por lo que Freud llama la “*sexualidad en despertar*” (Freud, 2007, [1895], p. 250).

Ahora bien, lo que haría despertar de esa especie de sueño de la latencia, sería la tensión que produce el incremento de la excitación, que ya lo dijo Freud es sexual, en tanto se debe al desarrollo de las glándulas genésicas que preparan para la reproducción; en otras palabras, la fuerza pulsional que aflora en la pubertad, la cual puede ser acumulada, y que al no ser aplicada o absorbida rebasa los mecanismos de contención, produciendo unos estados patológicos, que es como se ha llamado al exceso.

Estos estados patológicos, puede decirse, dan cuenta de la continuidad entre lo psíquico y lo físico derivada del incremento del *quantum* de energía disponible, tal como lo propone Freud, al asegurar que cuando se trata de tensión sexual física se produce neurosis de angustia (Freud, 2007, [1895], p. 229). Con esta tesis Freud modifica los dos escenarios que se plantearon inicialmente para el exceso en la adolescencia, agregando en el campo de lo físico, a la cantidad, una cualidad, la del afecto. Es decir, este exceso que emerge con la pubertad, no solo hace referencia a la acumulación de energía libidinal desligada, sino que introduce el campo de lo psíquico, mediante el afecto. Entonces, tenemos un afecto, producto del exceso, de una excitación endógena, cuya fuente se sitúa en el cuerpo. Esto es de suma importancia en la cuestión que nos ocupa, puesto que este despertar de la sexualidad en la pubertad, del que nos habla Freud, producido por un exceso, o incremento de la tensión sexual que ha sobrepasado cierto umbral, afecta en primera instancia el cuerpo; porque la angustia ante todo es una sensación corporal, cuya afectación psíquica es posterior. Freud lo plantea así en su carta a Fliess (1894?):

(...) la tensión física crece, alcanza su valor de umbral con el que puede despertar afecto psíquico, pero por razones cualesquiera el anudamiento psíquico que se le ofrece permanece insuficiente, es imposible llegar a la formación de un afecto sexual porque faltan para ello las condiciones psíquicas: así, la tensión física no ligada psíquicamente se muda en... angustia (Freud, 2007, [1895], p. 232).

Entonces, el exceso de tensión sexual no ligada psíquicamente se convierte en angustia; es decir, el exceso de la adolescencia produce angustia. Aquí la libido permanece libre, sin articulación a una representación que permita un sentido que la constituya en síntoma; y –agrega– “hacen falta para ello condiciones psíquicas”; lo que nos sugiere que en la adolescencia no hay las

condiciones psíquicas que le permitan al sujeto adolescente una tramitación mediante acciones específicas que eviten se siga produciendo una acumulación de excitación; o elaborar un sentido para el exceso concomitante al despertar de la sexualidad.

En este orden de ideas, el afecto que corresponde al despertar de la sexualidad es la angustia; porque el exceso que le es inherente impide su tramitación psíquica. Ahora bien, según Freud: la fuente de la angustia no ha de buscarse dentro de lo psíquico. Por tanto, se sitúa en lo físico, lo que produce angustia es un factor físico de la vida sexual (Freud, 2007, [1895], p. 229). ¿Cuál? se pregunta Freud: una acumulación física de excitación, es decir, una acumulación de tensión sexual física. La acumulación es a consecuencia de una descarga estorbada (...) la angustia ha surgido por mudanza desde la tensión sexual acumulada (Freud, 2007, [1895], pp. 230-31).

Tenemos, entonces, que la angustia es producida por causas físicas: acumulación de tensión en los órganos, es decir un exceso de excitación sexual; una tensión cuya tramitación solo puede hacerse mediante reacciones específicas que produzcan una descarga, vivida como satisfacción. Así, en la pubertad, el exceso presenta dos vertientes. Una cualitativa que lo anuda al afecto, que es la angustia, y otra cuantitativa que lo anuda a la dimensión económica de las mociones pulsionales, las cuales se expresan como incremento de la excitación sexual.

Esta energía libidinal que no se ha ligado, por ejemplo, en una fobia o en un síntoma, se mantiene “libremente flotante” (Freud, 2007, [1895], p. 76) y se convierte en angustia, que da al exceso su carácter afectivo; y dado que su intensidad desborda la norma del principio de placer, como lo dice Freud: “se trata donde quiera del problema de las cantidades relativas” (Freud, 2007, [1895], p. 83); en otras palabras, del gasto de energía, de la distribución libidinal, de su carácter económico. Así las cosas, es un exceso que presenta una composición dual: de un lado su carácter afectivo, y de otro su carácter económico. Ahora bien, este último, cuya manifestación es un

“estado de excitación elevada de tensión” sexual, puede ser sentido como un peligro, pues de “aquello de lo que se tiene miedo es, evidentemente, de la propia libido”, como lo plantea Freud en la 32ª conferencia *Angustia y vida pulsional* (Freud, 2007, [1932], p. 78).

De acuerdo a lo anterior, no se puede ubicar la fuente del peligro, que hace del adolescente una amenaza para el orden establecido, en factores externos como la familia, el grupo de pares, las autoridades civiles; ni situar, en tales agentes externos, lo que representa peligro para los adolescentes, tal como lo presentan las investigaciones históricas estudiadas en el capítulo anterior, por cuanto lo que amenaza el vínculo social es el exceso libidinal de la pulsión que tiende a la acción; pero esto es considerado solo hasta comienzos del siglo XX, cuando se empieza a tener en cuenta la subjetividad, con los estudios sobre la adolescencia que dan a conocer su dimensión psicológica, al tener en cuenta los cambios emocionales de la pubertad, lo que ayudó a entender el peligro o la amenaza que esta edad representaba, tanto para el sujeto, como para su contexto social, en la crisis de identidad, el debilitamiento de los lazos familiares, y en la exacerbación de sus nacientes pasiones; que dada su intensidad pulsional –cuenta o no con un objeto en la realidad, sean factores externos o internos-, “no hay más amenaza que la exigencia pulsional de satisfacción” (Freud, 2007, [1932], p. 78), puesto que una situación peligro puede ser cualquier situación que “provoque en el vivenciar anímico un estado de exceso que sea sentida como displacer”. La pregunta que aquí surge es ¿Cuál es esa situación de exceso que es sentida como un peligro en la adolescencia? Ya lo hemos dicho: el despertar de la sexualidad. ¿Por qué? por el exceso libidinal que le es concomitante. Pero la exigencia pulsional que es sentida como peligro no tiene como fuente única la pulsión sexual, también puede provenir de la pulsión de muerte.

Por lo anterior es necesario revisar el otro componente de la pulsión, como es la agresión, pues en la adolescencia, el exceso no solo se deriva del incremento de la tensión sexual, sino también de la tendencia del ser humano de aniquilar al semejante. Incluso los estudios históricos

consultados para resolver la cuestión que nos ocupa, subrayan con mayor fuerza las conductas agresivas y la transgresión de la norma, por parte de los jóvenes, como amenaza social; mientras que las conductas sexuales violentas estaban en la misma serie de las conductas delincuenciales. En este sentido Freud hace referencia al exceso de la siguiente manera: “La cultura espera prevenir los excesos más groseros de la fuerza bruta arrogándose el derecho de ejercer ella misma una violencia sobre los criminales, pero la ley no alcanza a las exteriorizaciones más cautelosas y refinadas de la agresión humana” (Freud, 2007, [1930], p. 109).

Podemos decir, entonces, que el exceso en la adolescencia no solo produce un despertar de la pulsión sexual, sino también de las pulsiones agresivas que derivaban en la transgresión de las normas sociales y la ley; aunque Freud solo hace mención al exceso provocado por el despertar de la sexualidad, y en *El malestar en la cultura* (1930) no se refiere al exceso de manera directa, al hacer mención al trabajo de la cultura como límite para la pulsión alude al exceso, en tanto la sexualidad como la agresividad necesitan de regulación. En tal caso podemos endilgar el exceso a ambas dimensiones de la pulsión, tanto al despertar de la sexualidad, como a las tendencias agresivas que afloran en la adolescencia.

Si hemos dicho que este exceso del que nos ocupamos es propio del despertar de la pulsión, vale pensar que la instauración o interiorización del mandato social como voluntad propia para regularlo ha de llevarse a cabo durante la adolescencia; esto explica que en todos los momentos históricos, desde la Grecia antigua hasta la modernidad, hayan considerado la adolescencia como una edad propicia para ello. Así lo dice Freud: “la cultura tiene que movilizarlo todo para poner límites a las pulsiones agresivas de los seres humanos” (Freud, 2007, [1930], p. 109).

Según lo anterior, tanto en las pulsiones agresivas como en las pulsiones sexuales hay un exceso. Este exceso toma la vía de la angustia cuando su tramitación se da en el propio cuerpo, o la vía de la agresividad cuando su tramitación tiende a realizarse en el mundo exterior. Esta

inclinación agresiva “es una disposición pulsional autónoma, originaria del ser humano”, de carácter no erótico –las pulsiones agresivas de carácter erótico son el masoquismo y el sadismo-, según lo plantea Freud en *El malestar en la cultura* (2007, [1930], p. 113-118). Junto a Eros, llamada por Freud, pulsión sexual, está la pulsión de muerte expresada en “la hostilidad de uno contra todos y de todos contra uno”; y agrega Freud, en este mismo texto, que “las exteriorizaciones del *Eros* son harto llamativas y ruidosas”; mientras que la pulsión de muerte “trabaja muda dentro del ser vivo en la obra de su disolución”. Con base en lo anterior, podemos decir, que el exceso de la pulsión de muerte que se expresa en la agresividad, la hostilidad y tendencia a la destrucción, en la adolescencia se hace bulliciosa. Ahora bien, este “*uno contra todos y de todos contra uno*” permite pensar en la tramitación del exceso en el campo de lo social. Podemos decir entonces que el exceso de la angustia tiene como escenario el propio cuerpo, y el exceso de la agresividad el cuerpo del otro. De ahí la representación de la juventud, en distintos momentos históricos, de peligro para el orden social. Así, en la adolescencia, el exceso en su dimensión cualitativa o afectiva, y dependiendo de su fuente (pulsión sexual o pulsión de muerte), puede mudarse en angustia o en hostilidad.

Ahora, volvamos a la angustia. Habíamos dicho que la angustia, como afecto, corresponde al carácter cualitativo del exceso, rompe con el estado de homeostasis que procura el principio de placer, se deriva del exceso de energía libidinal no ligada a representaciones psíquicas, emerge ante cualquier situación que sea vivida por el sujeto como peligro; y agreguemos, produce una situación traumática. Freud lo plantea así en la 18ª conferencia: *La fijación al trauma, lo inconsciente* (Freud, 1917).

(...) y nosotros tomamos esta concepción al pie de la letra: nos enseña el camino hacia una consideración, llamémosla económica, de los procesos anímicos. Más: la expresión «traumática» no tiene otro sentido que ese, el económico. La aplicamos a una vivencia que

en un breve lapso provoca en la vida anímica un exceso tal en la intensidad de estímulo que su tramitación o finiquitación {Aufarbeitung} por las vías habituales y normales fracasa, de donde por fuerza resultan trastornos duraderos para la economía energética (pp. 251-252).

De acuerdo a lo anterior, lo traumático resulta de la imposibilidad de tramitación por no contarse con las condiciones psíquicas para ello. Esta imposibilidad puede ser ante el incremento de la excitación sexual o de las mociones pulsionales agresivas, a las cuales ya nos referimos al mencionar algunas de las manifestaciones cuando esta se dirige hacia el mundo exterior. En otras palabras una situación resulta traumática, cuando el exceso pulsional no puede ser tramitado según la norma del principio de placer, el cual tiene como función esencial reducir al nivel mínimo los estímulos o suprimir la excitación mediante la descarga. Para Freud, solo la magnitud de la suma de excitación convierte una impresión en factor traumático, paraliza la operación del principio de placer, confiere su significatividad a la situación de peligro (Freud, 2007, [1932], p. 87).

Según esto, el punto de vista económico del exceso hace alusión a la magnitud del nivel de excitación libidinal y al mecanismo del principio de placer, en tanto al displacer le corresponde un incremento, y al placer una disminución de ella. Ahora bien, en la cita anterior, Freud nos dice que se “*paraliza la operación del principio de placer*”, lo que explica la imposibilidad de una tramitación psíquica –vvida como un peligro por el sujeto-; es decir, que esta cantidad de energía libidinal no se ligue de ningún modo, y se convierta en angustia. Y agrega Freud, “*confiere su significatividad a la situación de peligro*”; lo que da a entender que el peligro tiene estatuto de real, por cuanto es independiente de si la amenaza se sitúa en el mundo exterior o en la realidad psíquica.

Ahora bien, esta “significatividad” que confiere el exceso al peligro precisa que diferenciamos entre angustia y miedo. Para Freud la angustia esta en relación al trauma y a la

realidad psíquica. Con base en esto diferencia entre la angustia que emerge ante un peligro real, como es la “percepción de un daño esperado y previsto” que pone en peligro al sujeto; donde la reacción es la huida como manifestación del instinto de conservación, dice Freud en *Introducción al psicoanálisis* (1978, p. 411). La aparición de esta angustia va a depender del sentimiento de potencia del sujeto ante el mundo exterior, también dependerá de su capacidad de anticipación o de conocimiento de las circunstancias que lo ponen en peligro. En esta angustia la amenaza la constituye la posibilidad de volver a vivir una situación que ha sido traumática, por tanto el peligro pertenece a la realidad psíquica del sujeto, por lo cual se le hace difícil aprehenderlo y explicárselo. En esta se trata de la posibilidad de que situaciones actuales despierten vivencias traumáticas anteriores, y a consecuencia de esto se produzca angustia. Aquí la angustia sirve de señal al Yo para que este intente una defensa anticipada. Cuando la angustia alcanza una cierta intensidad llega a paralizar toda acción de defensa; no obstante, la reacción a un peligro se compone siempre del sentimiento de angustia y de acción defensiva.

Freud en *Más allá del principio de placer* (1920) designa la angustia como “cierto estado de expectativa frente al peligro y preparación para él, aunque se trate de un peligro desconocido; el miedo requiere de un objeto determinado, en presencia del cual uno lo siente” (2007, p. 12), frente al que se puede decidir la huida, la defensa o el ataque. En el caso de la angustia, el Yo intenta, de igual manera, evitar la sensación de displacer que se produce y defenderse con la formación de un síntoma, en el que se liga la energía libidinal a un sentido, tal como lo indica Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1925).

En consecuencia, podemos decir que en el síntoma la angustia cobra sentido, en tanto esta “formación” como la llama Freud, absorbe el exceso y sitúa una perspectiva de significación, en la medida en que este exceso libidinal se articula a una representación. Esto da pie a entender la adolescencia como ese lapso durante el cual el sujeto intenta darle significado al exceso libidinal

producto del afloramiento de la pulsión; así este exceso que se reconfigura en el síntoma es lo que nos enseñan los casos de adolescentes atendidas por Freud.

Los casos que a continuación se presentan se eligieron teniendo en cuenta que estas mujeres se encontraban en la edad de la adolescencia; las cuales presentaban episodios de angustia y síntomas conversivos, y en los que se observa un exceso libidinal tramitado psíquicamente, mediante ataques de angustia o síntomas; lo cual resulta pertinente para la cuestión que nos ocupa, en tanto nos enseña el tratamiento que ha tenido el exceso libidinal de la adolescencia.

Adolescentes tratadas por Freud

Freud se refirió a la adolescencia en *Sobre la psicología del colegial* (1914), *Contribuciones para un debate sobre el suicidio* (1910), y en *Estudios sobre la histeria* (1895). En el primero se refiere a asuntos propios de la adolescencia, como son el lugar de la educación en las vivencias del adolescente y trascendencia en la vida adulta, las relaciones con los maestros y compañeros como sucesores de los padres y hermanos, a la vez que retoma la condición que consideraba distinguía a la adolescencia, a saber, el desasimiento respecto del padre (p. 250); en *Contribuciones para un debate sobre el suicidio*, se refiere específicamente al suicidio juvenil, donde enuncia la misión de la escuela de instituir “el goce de vivir y proporcionarles apoyo en una edad que por las condiciones de su desarrollo se ven precisados a aflojar los lazos con la casa paterna y la familia” (Freud, 2007, [1910], pp. 231-232); y en *Estudios sobre la histeria* tiene en cuenta esta particular edad, pero sin ninguna implicación es sus desarrollos teóricos o tratamiento seguido a estas pacientes. Freud consideraba la adolescencia como momento en el cual se daba la comprensión de las “huellas mnémicas” de vivencias sexuales que solo pueden ser comprendidas con la “emergencia de sensaciones sexuales propias” (Freud, 2007, [1895], p. 404), de ahí la gran importancia que daba a las fantasías eróticas como medio de tramitación psíquica del despertar de la sexualidad.

Algunos de los casos paradigmáticos de Freud, en los inicios del psicoanálisis, eran mujeres adolescentes; jóvenes que empezaron a presentar síntomas histéricos en el inicio de la pubertad y consultaron a Freud aproximadamente entre los 14 y 21 años. Estas son: Katharina, la joven de 18 años que se encontró con Freud en la posada donde este se hospeda cuando viaja a las montañas con intenciones de descansar; Anna O., la joven de 21 años, que cultivaba de manera sistemática el soñar diurno, al que llamaba su teatro privado; Emma, la púber de 12 años, un caso mediante el cual Freud explica los dos momentos del trauma sexual durante la pubertad; Dora, una muchacha de 18 años que reacciona con un trastorno de afecto ante la propuesta amorosa del señor K; y la joven homosexual que a los 18 años la invade una pasión ardiente e intenta suicidarse como afrenta a su padre.

Anna O.

De 21 años cuando contrajo la enfermedad, aproximadamente en 1880, parece tener un moderado lastre neuropático a juzgar por algunas psicosis sobrevenida en su familia extensa; los padres son sanos, pero nerviosos. Ella siempre había estado sana, sin mostrar nerviosismo alguno en su período de desarrollo; tiene inteligencia sobresaliente, ricas dotes poéticas y fantasía, controladas por un entendimiento tajante y crítico. Su voluntad era enérgica, tenaz y persistente; muchas veces llegaba a una testarudez que sólo resignaba su meta por bondad, por amor hacia los demás.

Entre los rasgos más esenciales del carácter se contaba una bondad compasiva; el cuidado y el amparo que brindó a algunos pobres y enfermos le prestaron a ella misma señalados servicios en su enfermedad, pues por esa vía podía satisfacer una intensa pulsión. —Mostraba siempre una ligera tendencia a la desmesura en sus talentos de alegría y de duelo.

El elemento sexual estaba asombrosamente no desarrollado; la enferma, cuya vida se volvió transparente para mí como es raro que ocurra entre seres humanos, no había conocido el amor, y en las masivas alucinaciones de su enfermedad no afloró nunca ese elemento de la vida anímica” (Freud: 2007, [1893-1895], p. 47).

Para Freud (1893) en este caso se trata de “un excedente de energía psíquica no empleado en la monótona vida familiar y sin correspondiente en un trabajo espiritual”, exceso que podía ser tramitado “en el continuado y progresivo trabajar de la fantasía” (p. 49) que produce el soñar despierto habitual y que en la adolescencia tiene una función importante como escenario de la realización de fantasías eróticas. Un excedente, que de no encontrar este aligeramiento en la ensoñación, el trabajo espiritual o intelectual, produce síntomas y enferma.

Katharina

Se encuentra con Freud en el hospedaje donde este llega con intenciones de descansar en las montañas de los Alpes orientales. La joven le solicita la atención como médico, pues se encuentra enferma de los nervios. “Me falta el aire; no siempre, pero muchas veces me agarra que creo que me ahogaré” (Freud, 2007, [1893-1895], p. 141), dice la joven Katharina a Freud, cuando este le pregunta de qué sufre. Lo que le cuenta la joven, para Freud designaba de manera sustitutiva un ataque de angustia, producido por el descubrimiento casual que hace la adolescente de una escena sexual protagonizada por su tío y una prima. Freud le pregunta si le había pasado por la mente lo que sucedía, a lo que la muchacha contesta: “Oh, no; en ese entonces no entendí nada, sólo tenía dieciséis años. No sé qué me aterró” (p.144).

De lo narrado por la joven Freud concluye que la angustia en muchachas jóvenes vírgenes era consecuencia del horror que las invade cuando el mundo de la sexualidad se les abre por primera

vez. Para Freud la angustia que Katharina padecía en sus ataques era una reproducción de aquella angustia que emergió en cada uno de los hechos sexuales vividos en el pasado por la joven. Esta joven “llevaba dentro de sí dos series de vivencias que ella recordaba, pero no entendía ni valorizaba en conclusión ninguna; a la vista de la pareja copulando se estableció al instante la conexión de la impresión nueva con dos series de reminiscencias, a partir de las cuales empezó a comprender y, al mismo tiempo, a defenderse. Luego siguió un breve período de acabado, de “incubación”, y se instalaron los síntomas de la conversión, el vómito como sustituto del asco moral y psíquico. Freud finalmente deduce que no es la visión de la pareja copulando lo que le produce asco, sino el recuerdo que esa visión le evocó, y ese recuerdo sólo podía ser el asalto nocturno del tío, cuando ella “sintió el cuerpo del tío”. (Freud, 2007, [1893-1895], p. 146).

En la angustia o el horror que emerge, cuando el goce sexual irrumpe por primera vez, lo típico es que el contenido quede excluido de la actividad pensante del yo, que permanezca guardado; mientras que en la última escena una nueva impresión fuerza la reunión asociativa de esos grupos, que se encontraban apartados del yo. Aquí la causa del aislamiento no es la voluntad del yo, sino la ignorancia del yo, que aún no sabe qué hacer con estas experiencias sexuales. Freud había hallado que impresiones de la época presexual que no habían producido efectos sobre la niña, más tarde cobran, como recuerdos, una violencia traumática al abrirse para la joven virgen el entendimiento de la vida sexual. Esta escisión de grupos psíquicos que Freud señala como un proceso normal en el desarrollo de los adolescentes, en su posterior unificación dentro del yo, derivada de la comprensión de lo ocurrido como un hecho sexual, lo que proporciona una ocasión de perturbación psíquica; no obstante –agrega Freud- queda la duda si esta escisión se produce por ignorancia, porque los adolescentes no posean un conocimiento sexual, por cuanto con frecuencia es mucho mayor del que se sospecharía en ellos y del que ellos mismos se atribuyen (Freud, 2007, [1893-1895], pp. 148-49).

En este orden de ideas, lo traumático no corresponde enteramente al desconocimiento de la sexualidad genital, puesto que los adolescentes pueden adquirir este conocimiento de variadas fuentes; entonces la angustia que se produce no sería por ausencia de sentido, sino que estaría en relación con la experiencia de goce en el cuerpo sentida por primera vez.

Emma

Tenía ocho años cuando fue por dos veces a la tienda de un pastelero para comprar golosinas; la primera vez el vendedor le pellizcó los genitales a través del vestido mientras reía. No obstante la primera experiencia, acudió allí una segunda vez. Luego de la segunda no fue más. De igual forma recuerda que a los doce años, fue a una tienda a comprar algo y al ver a los dos empleados reírse entre ellos, huyó aterrorizada. Sobre esto se despiertan unos pensamientos: que esos dos se reían de su vestido, y que uno de ellos le había atraído sexualmente. Emma presenta lo que en este texto, Freud llama una compulsión histérica: no puede ir sola a una tienda, lo cual se debe a unas vivencias ocurridas en dos momentos distintos –el primero durante la infancia, y el segundo en la pubertad- de los cuales solo recuerda fragmentos que aparecen de manera aislada e incomprensibles. Además se presenta un afecto, el terror, del cual Emma queda presa cuando fue a una tienda a comprar algo y vio a los dos empleados (de uno de los cuales guarda memoria) reírse entre ellos (Freud, 2007, [1895], p. 400). Emma también recuerda el pellizco a través del vestido, y las sensaciones de excitación que se mudan en angustia o miedo; con la huida, lo rechazado en el pensamiento es recordado como displacentero.

Con respecto a este caso, Freud señala dos aspectos importantes. Uno relacionado con el hecho de que es la pubertad la que posibilita la comprensión de lo recordado como un hecho sexual (Freud, 2007, [1895], p. 403); y en este contexto se trata de un recuerdo reprimido que con efecto retardado se configura como trauma. El otro aspecto se refiere al afecto conectado al recuerdo, tan

intenso como el que pudo haberse producido durante la vivencia, el cual permanece con una intensidad no habitual. Freud (1893), en *Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos*, explica que de no ser descargada la excitación o disminuidos los estímulos, se producirá un trauma psíquico; plantea que es la imposibilidad de tramitación psíquica lo que convierte un acontecimiento en traumático. “Si un ser humano experimenta una impresión psíquica, en su sistema nervioso se acrecienta algo que por el momento llamaremos la “suma de excitación”; dice Freud, su incremento se da por vías sensoriales, su disminución por vías motrices. “La reacción adecuada, es la acción, pero la palabra la puede sustituir y puede bastar la alteración del propio cuerpo (llanto, rabia, la inervación corporal)” (p. 113).

Por esto Emma huye de la escena, para disminuir el incremento de excitación sexual que allí se ha producido, para defenderse de esa sensación displacentera, pero queda un excedente libidinal que no logra localizarse. Continúa Freud: “Así las cosas, si la reacción frente al trauma psíquico tuvo que ser interrumpida por alguna razón, aquel conserva su afecto originario, y toda vez que el ser humano no puede aligerarse del aumento de estímulo mediante “abreacción” está dada la posibilidad de que el suceso en cuestión se convierta en un trauma psíquico” (Freud, 2007, [1893], p. 116). Ahora bien, esa suma de excitación sexual que se reconoce por primera vez en el cuerpo con el inicio de la pubertad, no se logra tramitar con una “reacción adecuada”, como llama Freud la acción necesaria para producir una disminución de los niveles de excitación, queda un resto que se expresa en la angustia del recuerdo, en el pensamiento, en la imposibilidad de olvidar.

Alexandre Stevens en *La Clínica de la infancia y la adolescencia* (2001, p. 8) retoma el caso Emma para explicar el trauma en relación con el lenguaje, para situar cómo el trauma es primero y está ligado a la entrada en el lenguaje. Cuando Emma le dice a Freud que no recuerda que lo sucedido con el pastelero le haya molestado mucho, sino que por el contrario le produjo un cierto agrado, a tal punto que volvió al lugar varias veces después; que lo que más le molestó de lo

sucedido es que tuvo la sensación de que no comprendía bien lo que ocurría y que eso debía estar prohibido, evidencia lo traumático en relación con el lenguaje; el sujeto no tiene la palabra para decir lo que le ocurre, pero al mismo tiempo tiene la idea de que eso tiene una cierta significación enigmática que se le escapa. Es decir, lo traumático está en relación a una vivencia sexual que no se entiende como tal, y frente a la cual no se sabe cómo responder; no obstante, el empuje pulsional que implica el exceso libidinal, obliga a resolver el asunto de alguna manera. Stevens agrega al respecto que esta respuesta es lo que se llama adolescencia, que comprende “un conjunto de síntomas” con los cuales el sujeto responde a esa ausencia de saber”. Esta respuesta estaría en correspondencia con el ideal del padre: tener un ideal, elegir una mujer, elección que depende del Nombre del Padre (Stevens, 2005, p. 10). A esto podemos agregar que puede suceder que en algunos casos que la elección de una respuesta no esté en términos del ideal del padre, sino del goce. Esto se desarrollará más adelante.

Dora

Acude a Freud por primera vez a los 16 años aquejada de tos y afonía. Dos años después, cuando su padre decidió someterla a tratamiento, Dora “había crecido y era una floreciente muchacha que causaba a sus padres serios cuidados” (Freud, 1895). Los signos principales de su enfermedad eran ahora una desazón y una alteración del carácter. Dora relata, entonces, a Freud, una vivencia con el señor K, acaecida cuando tenía 14 años:

El señor K. (amigo de la familia) había convenido con ella y con su mujer que, después del mediodía, las damas vendrían a su tienda, situada frente a la plaza principal de B., para contemplar desde allí unos festejos que se realizarían en la iglesia. Pero él hizo que su mujer se quedara en casa, despachó a los empleados y estaba solo cuando la muchacha

entró en el negocio. Al acercarse la hora de la procesión, le pidió que lo aguardase junto a la puerta que daba a la escalera que conducía al primer piso, mientras él bajaba las cortinas. Regresó después de hacerlo y, en lugar de pasar por la puerta abierta, estrechó de pronto a la muchacha contra sí y le estampó un beso en los labios (...) Dora sintió en ese momento un violento asco, se apartó y pasando junto al hombre corrió hacia la escalera y desde ahí hacía la puerta de calle (p. 26).

Para Freud (2007, [1895], p. 27) en este caso se trata de un trastorno de afecto producido por el incremento de la excitación sexual, cuando el señor K la estrecha y la besa en la boca, -una situación que en una muchacha de 14 años, virgen, provocaría una nítida sensación de excitación sexual placentera-, Dora sintió un violento asco. Freud (1895) considera que no solo se trata de un trastorno del afecto, sino de un desplazamiento de la sensación, por cuanto en lugar de la sensación genital que en tales circunstancias una muchacha sana no habría dejado de sentir, le sobreviene la sensación de displacer -el asco-, derivada de la excitación de los labios por el beso. Además presentaba un afecto de horror que la alejaba de los hombres que pudieran hallarse en estado de excitación sexual. El asco le evita a Dora el encuentro sexual, y como expresión de la angustia señala el exceso libidinal que ha irrumpido de manera precoz, dado que el sujeto no cuenta con una representación sexual que le permite la tramitación psíquica correspondiente.

En la escena de Emma con el pastelero, y de Dora con el beso del señor K, el afecto resultante es la angustia, que se traduce en terror por la pérdida de control sobre la situación, provocando la huida; así mismo hace referencia a la descarga del exceso libidinal, que se localiza en el cuerpo. No obstante, esta diferenciación, ambas situaciones son resueltas con la huida; pero como no se trata de la situación de peligro producida por la presencia de un objeto amenazante, la huida resulta poco efectiva en la resolución de la situación, y por eso el afecto retorna ante el recuerdo, o situaciones parecidas, puesto que aquí el peligro lo representa la exigencia pulsional.

Tanto en Emma como en Dora, las sensaciones sexuales en el propio cuerpo y la percepción de la excitación sexual del otro les produce terror, es decir, sienten que corren peligro; estas vivencias sexuales las ha tomado por sorpresa y la compulsión que presentan les evita verse confrontadas nuevamente con una situación en la cual está en juego la sexualidad. El exceso libidinal derivado de la imposibilidad de tramitación por el aparato psíquico, Dora lo localiza en el cuerpo, a través de una conversión histérica y Emma en la angustia. En este caso, elabora una respuesta sintomática que según Steven (2005, p. 26) constituye la adolescencia. Pero tanto en el caso de Emma como de Dora, esta va acompañada de angustia, lo que nos señala que no toda la libido se ha enlazado a una representación de carácter sexual; lo nos hace pensar en que esta libido suelta es la conduce al adolescente al exceso.

La joven homosexual

Es una muchacha de dieciocho años, bella e inteligente, de una familia de elevada posición social, que provoca el disgusto y el cuidado de sus padres por la ternura con que persigue a una dama “de la sociedad”, diez años mayor que ella. Los padres aseveran que esta dama, a pesar de su aristocrático apellido, no es más que una cocotte. A pesar de la mala fama de esta mujer, no desiste de su adoración por la dama, a pesar de que no le falta el sentido de lo conveniente y decoroso. Ninguna prohibición ni vigilancia la arredran de aprovechar las raras ocasiones que se le ofrecen para hallarse en compañía de la amada, de espiar todos sus hábitos de vida, de aguardarla en la puerta de su casa o en la parada del tranvía y de enviarle flores. Es evidente que este interés único ha devorado en la muchacha a todos los otros. No se preocupa por continuar su formación, no da valor alguno al trato social ni a los entretenimientos propios de las jóvenes y sólo conserva la relación con algunas amigas que pueden servirle como confidentes o auxiliares. En una ocasión, el padre

topó por la calle con su hija en compañía de aquella mujer, y al pasar por el lado de ellas les dirigió una mirada colérica. Y tras eso, la muchacha escapó y se precipitó por encima del muro a las vías del ferrocarril metropolitano que pasaba por debajo (Freud, 2007, [1920], pp. 141-42).

Este coqueteo con el peligro, como lo llama Lacan (Lacan, 2001, p. 106), lleva a la adolescente a actos que exceden los límites, en un intento de trasgredir los mandatos del padre.

En la joven homosexual, la tensión que hace desatar esta “pasión ardiente” se deriva del “refrescamiento” en la pubertad del complejo infantil de Edipo” (Freud, 2007, [1920], p. 150), y su intención de suicidarse es un acto de confrontación con el padre. Para Lacan, las observaciones de Freud en el caso de la joven homosexual evidencian “lo que está en juego en la tentativa de suicidio (...) el tema está íntimamente vinculado con el aumento de tensión, hasta el momento en que estalla el conflicto, ocurre la catástrofe (Lacan, 2001, p. 107). El exceso en este caso está en relación con el padre, en tanto su acto se constituye a la vez un llamado y una confrontación, que ante el reproche del padre, pasa al acto.

La revisión de estos casos nos permite afirmar que este exceso libidinal que emerge a consecuencia del despertar de la sexualidad en la pubertad, produce angustia, cuya tramitación deriva en un síntoma. Así, de Emma podemos decir que presenta como síntoma una fobia antes de que aparezca el trauma que da un sentido sexual a la experiencia recordada. Dora presenta un trastorno del afecto, dado el desplazamiento de las sensaciones placenteras a displacenteras, lo que produce síntomas conversivos como el asco. En Katherina, la angustia aparece cuando se encuentra con un goce sexual no experimentado antes. Y los síntomas de Anna aparecen a consecuencia de un exceso de energía libidinal no empleada en una actividad cotidiana, espiritual o intelectual, o en una fantasía.

Ahora bien, no siempre el exceso libidinal es absorbido por el sentido en el síntoma, como nos lo muestran los casos clínicos estudiados; en otras situaciones dicho exceso no logra una tramitación psíquica, quedando como única vía el acto para descargar la angustia o resolver la exigencia libidinal de la pulsión, comenzada la pubertad. En este último caso, consideramos que es posible hablar de acting out y pasaje al acto como dos formas de tratar el exceso en la adolescencia.

De las relaciones del exceso con la pulsión y el goce en Freud y Lacan

Una de las vías por las cuales podemos pensar el exceso es mediante el concepto de pulsión; concepto que le ha permitido a Freud considerar, además del aspecto biológico, la vida anímica, en tanto la pulsión “nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático” (Freud, 2008, [1915], p. 117); es decir, se trata de un litoral trazado por la acción del lenguaje que delimita y comunica a la vez, que transforma el instinto animal; de cómo lo biológico, lo orgánico, el cuerpo, se conecta con lo psíquico, de tal manera que ese organismo se constituye en un cuerpo que habla, y un cuerpo que habla es un cuerpo sometido a la ley. En Freud se puede enunciar este sometimiento como la normativización del Complejo de Edipo, la regulación de la sexualidad bajo la primacía fálica, el ordenamiento social de lo masculino y lo femenino, y el régimen de la ley del padre; todo ello funcionando como límite al empuje de la pulsión a satisfacerse más allá del principio de placer y de realidad. Ahora bien, sabemos de la pulsión por su actividad permanente, pues como lo dice Freud (1915), la meta de una pulsión es en todos los casos la satisfacción que solo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión –por fuente se entiende aquel proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión- (p. 118); es decir, mediante una acción que puede dirigirse en cualquier sentido: un objeto ajeno, el cuerpo propio, pero siempre una acción que no admite la huida, aunque sí un proceso psíquico sustitutivo. Estos procesos psíquicos sustitutivos de una

satisfacción directa constituyen los destinos de la pulsión planteados por Freud, los cuales, al igual que los diques morales, conforman el marco de satisfacción de esta.

Según lo expuesto por Freud (1915), el objeto es lo más variable de la pulsión y su elección depende de su aptitud para satisfacerla (p. 118), lo cual indica una de las problemáticas fundamentales de las pulsiones, en tanto su satisfacción puede darse con cualquier objeto, por lo que puede afirmarse que no hay objeto para la pulsión, donde cuenta más el recorrido que realiza la energía pulsional, que el objeto mismo. En cuanto a su actividad, se trata de un movimiento circular que emana del borde erógeno para retornar a él como a su blanco, después de haber girado en torno a algo que yo llamo objeto a (Lacan, 1964, p. 201), recorrido que rodea el vacío que delimita dicho orificio. El recorrido se completa en su retorno de forma invertida, como lo explica Lacan (1964), para realizarse en el otro, al hacer intervenir su acción –su deseo o su goce-, que en su retorno hace emerger al sujeto en la angustia, en la vergüenza, o en la culpa, por ejemplo, donde su meta no es otra que ese regreso para recomenzar nuevamente (p. 186). En este recorrido, donde el cuerpo propio es el punto de inserción y retorno de la pulsión, puede situarse la transgresión, y puesto que no se trata de la satisfacción de una necesidad o de la recuperación de la homeostasis, pasa a hacer parte del campo de la pulsión de muerte, donde se impone una voluntad de comenzar de cero, una vez destruido o agotado lo obtenido. Este punto cero indica la nada que se obtiene y que empuja a recomenzar el recorrido, que desplaza cada vez un poco el umbral más allá del límite del placer que garantice un más de goce.

Lo anterior le da gran plasticidad a las pulsiones (Miller, 2006, p. 161) evidenciada en la facilidad con que pueden intercambiarse los objetos, en que no hay un reconocimiento de este por la pulsión, o este le es indiferente, y en que la satisfacción presenta condiciones particulares para cada sujeto; además puede darse con respecto a esta, explica Miller (2006), una renuncia o una transformación. En el primer caso la pulsión no alcanza el objeto, por ejemplo: “la interdicción del

incesto impide llegar al objeto en cuestión, y además no hay satisfacción” (p. 161). En el segundo caso el objeto se sustituye, y se mantiene la satisfacción. La inhibición de la meta en el segundo caso, es a lo que Freud llamó sublimación, un destino para la pulsión solidario con la cultura. El otro destino posible al que hace referencia Miller, en este mismo texto, es la anulación de la satisfacción, cuando es preciso renunciar a ella, a pesar de la cual, se mantiene de “manera clandestina cierta satisfacción”, por ejemplo en el síntoma (p. 162), o en el placer que se encuentra en el dolor o el sufrimiento.

Lo anterior nos permite conjeturar que el exceso que emerge en la adolescencia es una forma de mantener una satisfacción a la que supuestamente se ha renunciado o ha sido anulada – distinta a la sublimación o al síntoma como satisfacción sustitutiva-, pero que se mantiene, dada la exigencia libidinal de la emergencia pulsional de la adolescencia. En consecuencia esta no cesa ante la prohibición o la represión, sino que insiste en la satisfacción sin un objeto en particular, por lo que su descarga se da en un acto transgresor que implica sobrepasar la barrera del principio del placer, para avanzar en una zona de sacrificio y sufrimiento que opera en el sinsentido.

Para Miller (2008), el goce pertenece a un campo al cual se accede por la transgresión, “por un pasaje al más allá, por un forcejeo” (p. 179). Y esta zona, tal como lo plantea Lacan en el Seminario *La ética del psicoanálisis* con “la figura de Antígona trasgrediendo todos los límites implica entrar en el horror, el desgarramiento, cuya barrera o instancia que cierra dicho campo es el principio del placer” (p. 180).

Esta transgresión, este forzamiento de los límites, parece ser, dice Miller (2008) “exclusiva de sujetos de excepción que se aventuran más allá del principio del placer” (p. 180). Consideremos, entonces, que el sujeto de excepción por excelencia es el sujeto adolescente, posicionado a la manera de Antígona, en tanto dispuesto a transgredir los límites de lo bello, del bien y la ley, para hacer prevalecer un goce que sobrepasa los umbrales de lo placentero, y que puede conducirlo a lo

peor con un deseo que está más allá del Atè⁵. Así mismo, puede pensarse la adolescencia como un momento de forzamiento del principio del placer, dado el exceso libidinal del despertar sexual iniciado con la pubertad.

Continúa Miller (2006): “Es por eso que Lacan ha elegido, ha introducido su palabra goce. Encontramos la primera introducción de la palabra goce como la satisfacción de la pulsión en tanto que, a pesar de lo que parece, nunca puede anularse” (p. 162), pero si puede desaparecer el objeto, en tanto las exigencias de la libido se ponen al servicio de cualquier causa, donde la moral o la crueldad pueden constituirse en un goce absoluto, dado que no pretende el conocimiento, la verdad, el sentido, sino que se dirige a lo real⁶. Aquí se puede observar la exigencia acéfala de la pulsión, por cuanto se trata de una satisfacción a la que no puede renunciarse, un goce que se obtiene a riesgo de muerte (Miller, 2006, p. 169). Esto lo diferencia del placer, puesto que a este se puede renunciar, y además es la justa medida. Para Miller (2006), el concepto de goce reúne la dicotomía de la pulsión planteada por Freud; por tanto la adolescencia puede pensarse, también, como ese momento de mutación del goce, que se pone al servicio del sostenimiento de la vida y el lazo social, o conducir a lo peor; lo que fenomenológicamente es observable en los actos de creación o de crueldad de los adolescentes, en la moral como en la perversión; puesto que en ambas dimensiones el incremento libidinal empuja a un acto transgresor.

Finalmente hagamos alusión a dos aspectos de la pulsión que pueden ayudarnos a comprender algo más acerca del exceso en su relación con la pulsión, y su empuje a la acción en

⁵ Lacan en la Ética del psicoanálisis, refiriéndose a Antígona explica que Atè puede traducirse como desgracia, pero que no tiene nada que ver con esta. Entendemos que se trata de quien que se torna sin compasión y sin temor (Lacan, 1959, p. 316).

⁶Entendemos por real, en psicoanálisis, aquello que está por fuera de la imagen y de la palabra, de la consciencia y de la razón, que se concreta en fenómenos de repetición, lo que siempre vuelve al mismo lugar de la misma manera (Tomado de Qué es el aparato psíquico según Jacques Lacan 2/3, por Mario Elkin Ramírez). Recuperado en noviembre de 2014 de <http://marioelkin.com/blog-que-es-el-aparato-psiquico-segun-jacques-lacan-parte-2>.

la adolescencia, referidos al carácter de su movimiento que solo puede designarse mediante un verbo (Lacan, 1964, p.185), como por ejemplo “ver y ser visto”, “atormentar y ser atormentado”. Este movimiento permanente de la pulsión nos lleva a eso que Freud definió como la esencia de la pulsión y que Lacan retoma como el trazado del acto (Lacan, 1964, p. 177). Su montaje –cada una de las escenas, personajes e imágenes que la pulsión-, y el borde que traza su recorrido para su satisfacción se sitúan en un campo que sobrepasa los límites del placer, donde la transgresión se constituye en la condición de goce y el exceso en el objeto mismo. Esto nos permite pensar que estas son las coordenadas del pasaje al acto y del *acting out* que se constituyen en destino del exceso libidinal en la adolescencia.

Dos formas del exceso en la adolescencia: el *acting out* y el pasaje al acto

Según lo expuesto hasta ahora, consideramos que el exceso en la adolescencia se expresa en una acción, mediante la cual se lleva a cabo una descarga libidinal que permite una tramitación de la angustia cuando este exceso libidinal se enlaza a un objeto, una representación o un significante. Pero en los casos en que esta tramitación no se da, puesto que son necesarias unas condiciones psíquicas propiciadas por la nominación del padre, proponemos que este exceso deriva en un *acting out* o *pasaje al acto*.

Freud en 1914, en el texto *Recuerdo, repetición y elaboración*, afirma que el sujeto en análisis no recuerda nada de lo olvidado y reprimido, sino que actúa. Lo reprimido se reproduce como acción; en este ámbito la acción es una repetición de algo ya vivido, así recuerda. El sujeto en vez de hablar, actúa. El paciente, dice Freud, prefiere descargar por medio de una acción, llevar a lo motor todos esos impulsos que él se esfuerza por tramitar mediante el trabajo del recuerdo, en un ámbito psíquico. Freud a esta puesta en escena, de la cual el sujeto no tiene conocimiento, la llama compulsión a la repetición (Freud, 2007, p. 152).

Posteriormente, en 1920, en *Más allá del principio de placer*, Freud asegura que el sujeto se ve forzado a repetir los fragmentos de la vida sexual infantil. En este texto también indica que la compulsión a la repetición trae al presente vivencias anteriores que producen displacer, pero esto no contradice el principio de placer, puesto que es displacer para un sistema y al mismo tiempo, satisfacción para el otro. De ahí la relación que infiere Freud acerca de la cercanía de la compulsión de repetición y la satisfacción pulsional placentera directa (Freud, 2007, p. 22). Lo anterior quiere decir que en la repetición, el sujeto no se orienta por el principio de placer. Lo orienta la satisfacción que se produce más allá de los límites del placer; repetición que no propende necesariamente por el bienestar o el placer, que pretende alcanzar un goce prohibido. Así lo demuestra la ambivalencia placer/displacer de situaciones o actuaciones que producen sufrimiento o dolor. En este orden de ideas, el despertar de la sexualidad es una puesta en escena de las vivencias sexuales olvidadas o reprimidas, y por eso de orden traumático, de la infancia. Estas actuaciones tendrían como finalidad la descarga de excitación libidinal, posible en el exceso de la compulsión a la repetición.

El término usado por Freud, en alemán, para referirse a las actuaciones que los pacientes repetían de manera compulsiva bajo transferencia, pero también observables en la vida cotidiana, fue “*agieren*”, traducido al inglés como *acting out* y al español como *actuar o actuación*. Así, para Freud, en el *acting out* se trata de una repetición que tiene un sentido, es susceptible de interpretación y está en relación con la historia infantil que el sujeto no puede recordar.

De acuerdo a lo anterior, es posible inferir que la compulsión a la repetición como actuación del sujeto guarda algunos puntos en común con el *acting out*, en tanto el sujeto intenta ir más allá del principio de placer, obtiene una satisfacción que ha sido prohibida y por tanto reprimida (en este sentido se entiende la relación entre el exceso y el superyó), pero es una actuación que se dirige al otro.

Posteriormente, Lacan (2006, p. 127) toma la acepción en inglés que propone en la expresión misma su definición, dado que en el *acting out* se trata de una actuación o acción por fuera del escenario de la palabra. En una perspectiva lacaniana, su conceptualización se da en relación al Otro. Aquí el *acting out* constituye un llamado sin palabras al Otro; sentido que es ajeno al sujeto, y lo sorprende.

Por tanto, en la adolescencia, con el inicio de la pubertad y el despertar de la sexualidad, el *acting out* presenta este doble carácter: repetición de vivencias sexuales infantiles y llamado al Otro. Con respecto a lo primero puede hacerse referencia al retorno de lo reprimido, al contenido de algunas fantasías sexuales que toman su material constitutivo de experiencias de autosatisfacción erótica; por ejemplo, Dora “recordaba que en su infancia había sido una ‘chupeteadora’ y conservaba en su memoria una imagen de sus años de infancia: estaba sentada en el suelo, en un rincón chupándose el pulgar de la mano izquierda, mientras con la derecha daba tironcitos al lóbulo de la oreja de su hermano” (Freud, 2007, [1895], p. 46), y que inciden en la reorganización de la economía libidinal en la pubertad y la adolescencia. Así mismo, puede pensarse la alusión que hace Freud, en *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* (1920), al estallido en la joven homosexual de una “pasión ardiente”, debido a que “la muchacha se encontraba en la fase del refrescamiento, en la pubertad, del complejo infantil de Edipo” (2008, p. 150). De este caso, Freud destaca dos puntos: la fijación de la libido en el padre como objeto de amor y la inversión de la posición sexual de la joven. El hallazgo de un nuevo objeto sexual y de amor, y la posición sexual (lo femenino y lo masculino) son dos asuntos que proveen de sentido al exceso libidinal, que de no presentarse puede conducir al adolescente a un *acting out*.

En cuanto al *acting out* como mensaje que el sujeto dirige al Otro, en el exceso, toma como vía la transgresión; con su actuación el sujeto se convierte en un infractor o trasgresor de la ley, ya

sea que apele a la legitimación de su acto o la sanción del mismo. En esta vía, el Otro primordial al que se interpela es el padre. Socialmente el padre representa las leyes, normas, ideales y ordenamientos, corresponde a la dimensión simbólica que regula la vida humana. En este sentido, las distintas actuaciones de los adolescentes relacionadas con la violencia social, el cuestionamiento de las normas y la transgresión de la ley, pueden tomarse como un cuestionamiento a la ley del padre o un llamado en los momentos de angustia. De ahí el papel preponderante que históricamente se ha dado a las instituciones sociales (mandatos morales, medidas policivas) para disciplinar a los adolescentes, de tal forma que se logre contrarrestar la amenaza que estos representaban para el orden social y el mantenimiento de la cultura.

Así, pues, El *acting out*, también tiene una dimensión social, en tanto el sujeto actúa bajo la mirada del Otro, y está en consonancia con la pulsión de muerte cuando el único límite ante el cual se retrocede es la muerte. Esto se verifica en la idea manifiesta de algunos adolescentes de querer detenerse y no poder hacerlo, dado que, como nos lo enseña Freud en el *Malestar en la cultura*, “los argumentos nada pueden contra las pasiones” (2007, [1930], p. 87).

Así, un adolescente⁷ puede participar de un juego de carrera de motos que pone en riesgo su vida, con la intención de solo probar una sola vez, pero dado que logra salir ileso, lo intenta nuevamente al otro día, por lo que deja paulatinamente otras actividades para solo dedicarse a este juego al que solo pone límite la inminencia de la muerte. En esta misma serie pueden ubicarse la complicidad en actos de vandalismo, abuso y agresiones, de las cuales el adolescente es víctima – cuando se trata de adolescentes de más edad-, y victimario en la agresión y abuso de niños menores en el ámbito escolar.

⁷ Estos datos corresponden a lo relatado por un adolescente de 13 años, participante de un programa de atención al menor trabajador de una institución educativa, con medida de protección del ICBF.

Freud consideraba como una de las tareas pedagógicas más importantes de la sociedad “domeñar la pulsión sexual cuando aflora como esfuerzo por reproducirse” (Freud, 2007, [1932], p. 284), y aunque el adolescente se hace menos dócil a la educación, creía que esta tarea pedagógica de la sociedad era ineludible, por cuanto, de no ser así, el exceso de la pulsión “rompería todos los diques y arrasaría la obra de la cultura”; por lo cual era necesario “restringirla y someterla a una voluntad individual que sea idéntica al mandato social” (p. 284). Es decir, la sociedad y la cultura tienen que proveer de mecanismos para civilizar la pulsión, de tal manera que el adolescente logre hacerse a una voluntad propia que regule sus acciones.

Hemos tomado el *acting out* y el pasaje al acto como vías de descarga de la excitación libidinal, que es vivida como una satisfacción, alcanzada en el exceso, ya sea de la repetición, o como único acto, más allá de los límites del principio de placer. A esta satisfacción no regida por el principio de placer, en psicoanálisis, recibe el nombre de goce. En este sentido, el goce está siempre en relación con un exceso que expresa la acción de la pulsión. Tanto en el *acting out* como en el *pasaje al acto* lo que está en vía de tramitación o de defensa es un exceso, pero en el primero este se anuda a un sentido o a un significante. Al *acting out* conduce la falla simbólica, la ineficiencia del padre en la articulación de la ley y el deseo, en la configuración de los semblantes para presentarse como hombre o como mujer, o la falta de sentido para el despertar de la sexualidad y las variaciones de la economía libidinal. Desde el punto de vista económico, se trata de una satisfacción de orden semántico que muestra el debilitamiento de la metáfora paterna.

Ahora pensemos el pasaje al acto. Aquí lo característico es la imposibilidad de anudamiento entre la libido y una representación –en los términos de Freud-, o entre el goce y el significante, de acuerdo a los planteamientos de Lacan, que mantienen el acto sexual o transgresor en el sinsentido. Según los planteamientos de Soler (2001) en el pasaje al acto, el sujeto encuentra un goce imposible al atravesar la barrera de la ley simbólica y de lo bello. En el pasaje al acto, el adolescente encuentra

una satisfacción en la vivencia de lo prohibido, lo que no admite interpretación, puesto que ha franqueado todos los diques morales y defensas contra la represión. La homeostasis del principio de placer, que aparece en cierto modo como una barrera natural al goce, se opone a los excesos constitutivos del goce (Miller: 1999, p. 152). Esto nos permite decir, que en el pasaje al acto nada falta al sujeto en cuanto a su goce. En el pasaje al acto convergen repetición y contingencia.

Ahora bien, el pasaje al acto, desprovisto del escenario de la palabra, se realiza en el cuerpo, es allí donde el sujeto padece el exceso resultante del incremento de la excitación libidinal, de la exacerbación de las pulsiones, que deja una marca en la piel en un intento de autoaniquilación. Entendemos al respecto, que con este exceso (marcas en el cuerpo como cortes, mutilaciones o agresiones) se pretende producir una relativización del goce, dado que en el acto se ha intentado gozar de manera absoluta. La angustia es señal de ello. Es como si el sujeto intentara demarcar con su acto el límite que no ha sido trazado en lo simbólico, pero a la vez esto se vuelve una repetición en serie que con frecuencia amenaza la vida y causa angustia.

Preguntémonos ahora, qué de las particularidades de la pubertad y la adolescencia puede empujar a un acto por la acción de la pulsión. En primer término tenemos el hallazgo de objeto sexual. Dice Freud (1905): La pulsión sexual era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla al objeto sexual (2008, p. 189). En segundo término, la separación de la autoridad paterna, que Freud consideraba como uno de los “logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos del periodo de la pubertad: el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores, el único que crea la oposición, tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua (Freud, 2008, [1930], p. 207). Pero cabe anotar aquí, que este “desprendimiento” del padre no es sin la articulación entre ley y deseo, que además será lo que permita “esa oposición que hace progresar la cultura”.

En este orden de ideas, podemos proponer que el deseo por un otro sexuado y la relación con la ley paterna son dos cuestiones a resolver en la pubertad y la adolescencia, y dado que son momentos tan decisivos para la economía libidinal del adolescente, no son sin angustia y pueden llevar al *acting out* o al pasaje al acto; ambos son vías de tramitación del exceso, de defensa ante la angustia. El *acting out* está en relación al Otro. En el *pasaje al acto* la dimensión simbólica es franqueada. En ambos casos es el exceso de la pulsión que se expresa en un acto sin palabras.

No obstante, la ausencia de palabras, en el *acting out* se trata de mostrar o demostrar un deseo de forma velada, pero lo esencial de lo que es mostrado es un resto, su caída. En otras palabras, el objeto de goce del sujeto, “hacia donde se dirige, una vez atravesada la barrera del bien, o sea el principio del placer, y por eso dicho goce puede traducirse como *displacer*” (Lacan, 2006, p. 139). De esta manera el adolescente intenta recubrir lo que se le presenta como incomprendible del deseo del otro sexo. Esta alusión de Lacan al deseo con respecto al *acting out*, señala que en esta expresión del exceso se trata de la opacidad del deseo, no solo del deseo del sujeto, sino del deseo del padre, que es rebasado por la satisfacción de la pulsión. También compone el *acting out*, una oscilación entre mostrar y ocultar del deseo y del goce; un intento de suplir el debilitamiento de la función del Nombre del padre, con un acto que resulta una devastación subjetiva y no una elaboración simbólica, en tanto esta experiencia de goce –la del exceso-, sin el ideal del padre, a lo que conduce es al imperativo mortífero del superyó. En el caso de contar con el deseo del padre que oriente al adolescente en el sin sentido del despertar, el adolescente puede acceder a otras formas de tramitar la angustia y la exigencia pulsional, a la que se ve abocado por las alteraciones de la economía libidinal derivadas de la pubertad.

En cuanto al pasaje al acto, Lacan (2006, pp. 124-25) lo define a partir de dos condiciones esenciales: la primera, es la identificación absoluta del sujeto con el (a), al que se reduce; en otras palabras el sujeto asume la posición de objeto de goce en el exceso del otro. La segunda es la

confrontación del deseo y la ley, donde el exceso propio de la adolescencia tiende a desasir el anudamiento producido por la función paterna. Con el paso al acto, el adolescente “es arrojado” o se arroja” del deseo, en una experiencia de goce –como podríamos definir el exceso- que lo anula como sujeto.

La antinomia del exceso en la adolescencia

Para Lacan el exceso, que hemos planteado como concomitante al despertar de la sexualidad, efecto de las metamorfosis de la pubertad, está en relación al padre (Lacan, 1958). Si bien, este no se refiere específicamente a la adolescencia como lo hace Freud con la pubertad, es posible servirse de la conceptualización acerca del goce y el padre, en tanto la adolescencia es un tiempo en el que sujeto adolescente elige un modo de goce y se confronta con la ley del padre, para decir algo acerca del exceso que irrumpe en la adolescencia.

Para Lacan (1958), el exceso está en relación a la función del padre; en un primer momento hace alusión a su presencia o ausencia, y en un segundo momento lo propone como causante de dicho exceso libidinal; y dado que ya hemos aprendido con Freud que este exceso es efecto del despertar sexual de la pubertad, estas proposiciones de Lacan nos han permitido pensar el exceso de la adolescencia en relación con el padre; porque si bien Lacan no menciona de manera directa la adolescencia, es posible situar como efecto del debilitamiento de la función paterna o de un padre “perversamente” mal orientado, el pasaje al acto o el acting out, expresiones del exceso que emerge en la adolescencia; además porque es un momento en el cual el sujeto hace una elección de goce y asume una posición sexual que pone a prueba el padre del complejo de Edipo y hace un llamado al padre a ocupar un lugar renovado. Con respecto a las carencias paternas dice Lacan en 1958:

Al principio, incluso, siempre se creía que era algún exceso de presencia del padre, o exceso del padre lo que engendraba todos los dramas. Era una época en que la imagen del padre terrorífico se consideraba un elemento lesional. En las neurosis se apreció muy rápidamente que todavía era más grave cuando era demasiado amable. Hemos ido aprendiendo con lentitud, y así, ahora estamos en el otro extremo preguntándonos por las carencias paternas (Lacan, 2001, p. 171).

Comencemos por decir que la carencia paterna o el debilitamiento de la función paterna que se evidencia en la adolescencia, remite a la falla del padre del complejo de Edipo, que no solo alude a la instauración de la ley primordial de prohibición del incesto y de matar, sino también a la asunción del propio sexo; donde el exceso en la adolescencia es señal de dicha falla. Para Lacan “hablar de Edipo es introducir como esencial la función del padre” (Lacan: 2001, pp. 171-180), que en su dimensión simbólica configura el superyó y normativiza la sexualidad. Su función normativa hace referencia a la estructura moral del sujeto y a la asunción de su sexo –dice Lacan en el Seminario V (clase 9 de enero de 1958)-; esto último en la adolescencia, presenta una dimensión orgánica, anatómica; donde la cuestión de la “genitalización” es doble: por un lado, la maduración biológica y por otro, la asunción del sujeto de su propio sexo, a partir de las identificaciones con lo masculino y lo femenino tomadas de las figuras parentales o ideales sociales y culturales.

Ahora bien, de la dimensión simbólica, también forma parte la configuración del superyó, a partir de la interdicción del padre, de la palabra que recae sobre la prohibición, lo que ni siquiera se puede decir, lo que no admite contradicción; esto le da un cierto carácter de absoluto a la ley paterna, en tanto en su origen está el mito del asesinato del padre; es decir que el padre esté muerto, que no muestre su goce para que pueda operar como significante; en otras palabras que él mismo

se someta a la ley que representa, de tal forma que pueda orientar el deseo del hijo por fuera de la casa paterna.

Este dicho del padre, que está en relación con la prohibición de los deseos incestuosos y condensado en la metáfora paterna, permite que el adolescente pueda realizar las tareas planteadas por Freud (1905) en *Las metamorfosis de la pubertad*, como, digamos en primer término: alcanzar “la normalidad de la vida sexual garantizada únicamente por la coincidencia de las dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta sexuales: la tierna y la sensual” (2008, p. 189). Para esto es condición necesaria el significante del Nombre del Padre, dado que permite un anudamiento del exceso libidinal con una representación o una fantasía, como el amor que sirve de barrera al exceso de la pulsión, que ahora resulta insuficientes, dada la agitación libidinal y cambios corporales del despertar de la sexualidad en la adolescencia. Una segunda tarea corresponde al hallazgo de objeto que Freud sitúa del lado psíquico, “preparado desde la más tierna infancia”, por lo cual dicho hallazgo es para Freud, realmente un “reencuentro”; en tanto la elección de objeto es un retorno de la corriente del amor sexual por los padres que bajo la prohibición se ha vuelto amor tierno; además porque los objetos parentales son los referentes de lo que es lo masculino y lo femenino. Finalmente, está la doble vía en la relación al padre, por cuanto en un sentido ha incorporado su autoridad –dimensión simbólica del superyó- a la vez que es necesario separarse de él para tener un deseo propio. Así, para Freud, las dos tareas fundamentales se pueden resumir en “superar la autoridad del padre” y la “elección de objeto” (Freud, 2008, [1905], p. 207).

Ahora bien, lo que el exceso en la adolescencia evidencia es la insuficiencia en el logro de ambas metas, cuando se hacen ineficaces los diques morales o el mecanismo de represión, instaurados durante la vida sexual infantil. En cuanto a la meta que habla del desasimiento o separación de la autoridad paterna, el exceso es señal de que el sujeto adolescente traspasa los límites para decir lo que no acepta de la ley del padre; entonces su acto puede tomar distintas

versiones: una venganza, un reproche, mostrar su impotencia, que pueden considerarse una separación de la autoridad conservando algún sentido; mientras que en otros casos esta separación es radical, mostrando así la fragilidad del superyó como legado del padre durante el complejo de Edipo, pues no ha resistido los embates de la “segunda oleada” pulsional de la pubertad (Freud, 2008, [1905], p. 181).

Ahora bien, lo siguiente que nos enseña la cita de Lacan (1958) es que no se trata del padre de la realidad, de la persona del padre; por ejemplo, un padre terrorífico o un padre amable; de su ausencia o presencia en términos de lo que puede producir: terror o debilidad, sino de la presencia o la ausencia de un significante.

Así, en la adolescencia, la debilidad de la función paterna –que puede conducir al adolescente al exceso-, no se refiere al padre de la realidad, sino al padre simbólico, al que instaura la ley y ofrece significantes para la identificación; el padre del Edipo que Lacan reformuló como metáfora paterna; así el exceso en la adolescencia se daría en la inoperancia de la metáfora paterna, cuyos efectos pueden observarse, por ejemplo, en esa creencia del adolescente de que todo es posible, nada está prohibido, como un cinismo o una denegación de la castración. De ahí las dificultades para asumir las normas sociales, reconocer la alteridad, para comunicarse; de esa compulsión a la repetición que pone en peligro la vida y el ideal, y que lleva al adolescente hasta el límite, de lo que puede resultar un acto siniestro.

Para ilustrar este exceso derivado del debilitamiento de la función paterna en la adolescencia, vayamos al cine, con el fin de extraer, de las narrativas de sus personajes, algunas elucidaciones con respecto a la pregunta que nos ocupa; no para analizar sus personajes, sino para conceptualizar el fenómeno que recrea la película. En ella encontramos la ejemplificación de los destinos de la libido que lleva al exceso en la adolescencia, propuestos en este proyecto (acting out

y pasaje al acto); además de que nos permite abordar el segundo momento de Lacan en el que nos propone al padre como causa del exceso libidinal que emerge en la adolescencia.

Secretos dolorosos (*Secret Cutting*), es una película del año 2000, dirigida por Norma Bailey, y de origen norteamericano (Estados Unidos y Canadá). Narra la vida de una adolescente de clase media, de 16 años, que vive con su familia, conformada por el padre, la madre y un hermano de 12 años, asiste al colegio, patina en el hielo, y no tiene amigas, lo cual posiblemente se debe a que no sabe de belleza o moda que es lo que permite hacer vínculo entre las adolescentes, ni sabe de sexo, pues los chicos no hacen fila para salir con ella. El padre refugiado en jornadas de trabajo excesivamente largas y la madre en lo doméstico; y su hermano menor ocupado en sus rivalidades infantiles.

La idea central de la película la podemos resumir así: se trata de una adolescente agobiada por la idea de no fallar, de satisfacer la demanda de compañeras, profesores y padres; entre la exigencia de tramitación del exceso libidinal derivado del despertar de la sexualidad, el pronóstico de la madre de que será engañada por su novio, puesto que con toda seguridad no le interesa más que el sexo; y la ausencia de la palabra del padre como don de amor o como referente significativo de lo que ella puede esperar de un hombre o de un encuentro sexual. En este contexto, ante el exceso, ya sea situado en el Otro materno o social, o en su propio cuerpo, la adolescente toma como forma de descarga el hacerse cortes en la piel, inicialmente en las extremidades que una vez descubiertos hace en la zona de la pelvis, como si el ocultar algo al otro sirviera de límite a su exceso. Finalmente, el padre reconoce que ha fallado, la madre se siente culpable de lo que le pasa a la hija, y se aleja, su hermano le ofrece un poco de ternura, y la adolescente accede a hacer circular la palabra en torno a estos actos en el espacio psicoterapéutico, y encuentra un amiga.

Como lo hemos señalado, en la adolescencia el cuerpo es el escenario del exceso, y dicho exceso, según los planteamientos de Lacan, está en relación con el Padre; por consiguiente los dos ejes tomados para el análisis de la película mencionada son el cuerpo y el padre; pero no solo para Lacan es así, para Freud también lo es, en la medida en que el exceso libidinal producto del despertar sexual atañe al órgano, a las sensaciones corporales y al complejo de Edipo, donde este último condensa los sentidos y representaciones que regulan las relaciones humanas, y que en relación al padre corresponde a la interiorización de la autoridad en la constitución de un superyó (Freud, 2007, [1930], pp. 127-128), en un sentido apaciguador y ordenador. Pero en la falla paterna de la que nos habla Lacan, se revela un imperativo que lleva al exceso, el cual presenta las siguientes características, que la película ilustra así:

La transgresión del límite del principio de placer para encontrar una satisfacción imprevista en el dolor, que lleva a la repetición. Los cortes en la piel le permiten a esta adolescente una descarga libidinal, “liberarse” –como le dice la compañera de colegio que la sorprende en este momento- del exceso de la angustia que la deja fuera de control.

La inoperancia de la palabra del padre que no se ofrece como don de amor, como sanción del deseo, o responde a algo de la pregunta de la adolescente acerca de la sexualidad. Por ejemplo: Dawn le pregunta a su padre: “papá cuando eras chico eras de no decir mucho” Y el padre le responde: “No hay mucho que hablar con los chicos”, entonces ella agrega: “Sabes lo que quiero decir...” y el padre corta la frase invitándola a que se ocupen de los logaritmos. Este silencio del padre deja a la adolescente en una encrucijada tal que, aunque necesita detenerse, no puede hacerlo, tampoco quiere, como le dice a Dawn su amiga del colegio: “solo quiero que pares”, a lo que la adolescente responde: “parece que no quiero parar”. En un momento posterior, esta misma amiga agrega: “las chicas como tú, ni siquiera saben cuándo parar”. Es decir frente al acto al que la ha

llevado el exceso, la adolescente no sabe cuándo, ni quiere, aunque quisiera detenerse; además ignora lo que dice con su acto.

La repetición de un acto de manera compulsiva, sin sentido y doloroso, a pesar de las variadas interpretaciones ofrecidas por la madre, el padre, la terapeuta, que no logran articular una significación que sirva de límite al exceso. Así mismo puede pensarse la respuesta de Dawn a su novio, cuando este le propone una relación sexual: “no está lista para eso”, para el sexo; si accediera se trataría también de un acto sin sentido. No obstante en un momento posterior de angustia derivada del exceso libidinal no se corta la piel, sino que ofrece sus heridas a la mirada de un hombre y se entrega como objeto sexual a su exnovio y a los amigos de este; pero al parecer con este paso no logra una descarga que reduzca la angustia a un nivel soportable y de todas maneras vuelve nuevamente a cortarse la piel hasta sangrar abundantemente.

Entonces, si bien la palabra del padre ha sido tomada en serio –como lo muestran los episodios en los que se dirige a él-, y su mandato ha sido interiorizado como ideal social y cultural que resuelve la sexualidad infantil anterior al periodo de la latencia; el no responder al llamado que la adolescente hace al padre con una pregunta, cuya respuesta daría al exceso libidinal del despertar de la sexualidad un significante inédito al cual ligarse, deja el cuerpo como escenario de un goce prohibido, alcanzado en la inoperancia del significante del Nombre del Padre. Así, cuando Dawn es descubierta deja de hacerse los cortes en las extremidades donde son visibles, y los oculta a la vista de los otros bajo la ropa interior –en el vientre-; los cuales deja a la mirada de su novio y amigos sin pudor o vergüenza, para quienes resultan eróticas estas cicatrices, por lo cual la llaman la “loca de la cuchilla”. Es decir, el acto de nominación que correspondía al padre, lo llevan a cabo sus amigos en un acto sexual, que ingresa en la misma serie de los cortes, a partir de ese goce secreto que ella les muestra. Ese goce secreto, es el goce de la pulsión solo alcanzado en el exceso de la repetición.

Pero, retomemos ese *no poder detenerse* ante la agitación de la angustia en el cuerpo que obliga a Dawn a cortarse la piel para calmarse, para lograr un nivel soportable de la tensión; puesto que su carácter compulsivo solo puede provenir de un representante absoluto de la ley, como lo muestra su obediencia a un mandato incomprensible; lo que nos hace considerar que se trata de la autoridad del superyó configurado durante el complejo de Edipo, en una versión opuesta al ideal. Si el superyó es el heredero del Complejo de Edipo, con lo cual entendemos que la presencia del padre ya no es necesaria, en tanto ahora constituido en consciencia moral y sentimiento de culpa; pero no solo es lo heredado en la dimensión del ideal del padre o del ideal del yo, sino que también queda en su haber el monto libidinal invertido en la sofocación, desalojo o represión de las mociones pulsionales incestuosas, que dado el despertar de la sexualidad en la adolescencia, retorna con la fuerza que había sido invertida en la represión de la vida sexual infantil; y por tanto “expresión de las más potentes mociones y los más importantes destinos libidinales del Ello” (Freud, 2007, [1923], p. 37). Este monto libidinal, durante la etapa de la latencia, había encontrado algún objeto que es investido, absorbiéndose gran parte de esta energía en el aprendizaje escolar, en el juego o en la amistad; que se desliga, nuevamente, con las metamorfosis de la pubertad.

En este orden de ideas, puede decirse que la libido desligada se somete al lenguaje de la pulsión que vocifera, de manera obscena y cruel, un sentido incomprensible que solo tiene la vía del acto para descargar el exceso libidinal, como una expresión eficaz del superyó que ahora se ha tornado defensor de las mociones pulsionales reprimidas. Entonces podemos pensar que de estos vínculos entre el ello y el ideal del padre resulta el superyó como imperativo de goce; lo que no se resuelve en la sublimación y las identificaciones aporta su exceso libidinal a la ferocidad del superyó.

Así, el exceso libidinal del despertar de la pubertad hace vacilar la autoridad paterna, y dados los vínculos entre el ideal y el ello, el superyó se muda en un imperativo de goce; entonces

el cuerpo se hace objeto de la pulsión y escenario de la ferocidad y obscenidad del superyó que compele al adolescente a una experiencia de satisfacción que cada vez reclama un poco más de goce al sujeto; de ahí ese decir sin palabras del corte en la piel, esa imposibilidad de detenerse, pero al mismo tiempo no querer hacerlo por esa convergencia entre el padre y el goce.

Ahora bien, Lacan en el Seminario XXVI, Lección del 5 de mayo de 1979, se refiere al exceso en la presencia del padre, lo que se constituye en una antinomia que la metáfora paterna debe sostener. Lo que, en este orden de ideas, nos permite pensar que el exceso es concomitante a la adolescencia, dado este redoblamiento de su función, y los vínculos entre el significante del Nombre del Padre y la pulsión.

En conclusión terminaría diciendo esto, es que en el fondo la metáfora paterna tiene por función sostener una antinomia, que es aquella que consiste en suscitar ese exceso de energía [...] del cual hablan todas las personas que están angustiadas por la noción de una decadencia, de una pérdida energética, que consiste en suscitar un exceso de energía pulsional que desborda toda palabra, toda nominación –es un poco el maná del cual nos habla Lévi-Strauss- y al mismo tiempo que consiste en no ceder a ese movimiento de una fuerza vital que quisiera emanciparse, no pertenecer más que a sí misma, en la frescura de una inocencia recuperada (p. 137).

Esta proposición de Lacan (1979) nos indica la relación del exceso en términos significantes, no solo como efecto de su inoperancia o falla de la función paterna; así puede ser que en la ausencia de significante se dé el exceso, pero también lo hay en su presencia. De acuerdo a la cita anterior, el Padre no solo demarca un límite al exceso metaforizándolo, sino que lo produce. El exceso que circunscribe con su nominación es suscitado por él mismo, lo que se constituye en

una paradoja o contradicción que es función de la metáfora paterna sostener. A renglón seguido Lacan (1979) continúa para señalar una vía de resolución a su planteamiento:

El significante del Nombre del Padre funda el excedente pulsional en tanto que no cediendo al hecho que lo funda y, si cede, vemos la emancipación de esas fuerzas de vida de las cuales Jung hace la apología, de las cuales los psicóticos hacen la experiencia que conocemos —Artaud por ejemplo, que toda su vida evoca la presencia de fuerzas vitales que lo codeaban, con la nostalgia de no estar poseído por ellas como ocurría en el teatro antiguo, dado que esas fuerzas, tiene consciencia de ellas, el saber, pero no puede articularlas— cuando no cede, puede ocurrir que el sujeto alcance conforme al grafo que es también la forma en la cual un "parlêtre" puede trabajar, para utilizar el efecto de la insistencia de ese exceso puntuándolo sobre el mismo punto desde donde en él insiste ese exceso, mientras ese exceso nacido en la falta de significante acepta, vuelve sobre el mismo y procede a la nominación, a la metaforización pues de ese significante siempre nuevo por el hecho de no cesar por no encontrar el punto desde donde insiste (p. 137).

Entonces, esta antinomia de la que nos habla Lacan la entendemos como una doble faz de la función paterna que persiste en el superyó, que no solo es el representante del ideal del padre, sino que también presenta un carácter “ciego, insensato, de puro imperativo, de simple tiranía” (Lacan, 1981, p. 357) que hace desconocer la ley y lleva al exceso. Lo anterior nos ayuda a entender el exceso que funda el Nombre del Padre, por cuanto, continúa Lacan, “el superyó es, simultáneamente la ley y su destrucción”, y podemos hacer corresponder esa instancia “ciega”, “repetitiva”, “devastadora”, con esa libido que la metáfora paterna no recubre; de ahí que al adolescente le falten palabras para hablar de lo que le pasa, no sepa qué quieren decir sus

actuaciones repetitivas, no tenga respuesta al por qué lo hace, por qué se causa tal sufrimiento, por qué no le importan la sangre y las heridas en el cuerpo –como lo dice Dawn a su terapeuta.

Esta ambivalencia del superyó, de ser límite y exceso, denota una conexión con lo siniestro que constituye una convergencia –como lo diría Freud- entre Eros y Tanátos que toma la forma de un imperativo que obliga al adolescente al exceso. En este sentido podría entenderse la turbulencia de las acciones de los adolescentes que van de la inhibición al exceso, o del cinismo al sacrificio, siempre en un movimiento pendular de la falta al exceso, que compromete de manera particular el cuerpo y la palabra.

Ahora bien, continúa Lacan, a este exceso no hay que ceder, aunque lo haya fundado el Padre; de ceder se estaría en el campo del acto sin palabras, de la locura del exceso. En caso de no cederse –agrega Lacan- se pueda “puntuar este exceso”, es decir darle un sentido nuevo que tiene efecto de regulación, nombrarlo como amor, por ejemplo, con lo que se le estaría dando otro destino al exceso. Ahora bien, a lo que empuja la debilidad de la función paterna es a ceder en una actuación que contraría el ideal del padre. A este excedente pulsional que funda el padre, que está en relación con el superyó como una instancia devastadora, Lacan lo llamó “goce imposible” (Miller, 1999, p. 150), cuyo acceso se da en la locura. El padre lo funda en tanto muestra al adolescente la versión de cómo ha tratado el exceso pulsional.

Ilustremos ahora esta proposición de Lacan con otra película que escenifica la vida de cinco adolescentes y su forma de vivir el exceso.

Ken Park es una película del año 2002, dirigida por Edward Lachman y Larry Clark (Francia y Estados Unidos), narra la vida de cuatro adolescentes –tres hombres y una mujer-, Tate, Claude, Peaches, Shawn, amigos de la infancia que viven en California, y Ken Park que se suicida, escena con la que comienza la película. Esta película, al igual que la anterior, el exceso en la adolescencia

está en relación con el cuerpo como escenario y el superyó como imperativo de goce que lleva al adolescente al exceso.

En la historia de estos cinco adolescentes el denominador común son las relaciones incestuosas. Freud nos ha enseñado, lo incestuoso en relación a la adolescencia en lo concerniente al hallazgo de objeto, que realmente es un reencuentro, puesto que su elección se da a partir de los modelos configurados en la historia infantil; y no la propone como una de las tareas más significativas del padre, al permitir esta transición obstaculizando la relación al primer objeto de amor de la infancia. Pero estas historias nos muestran que, ante el debilitamiento de la función paterna, expresada en el levantamiento de los diques morales, el retorno de las mociones pulsionales incestuosas se da en ambas direcciones, puesto que para los padres la adolescencia de sus hijos representa, igualmente, un retorno de lo prohibido. Así, por ejemplo, el padre realiza un matrimonio incestuoso con su hija Peaches, dado el parecido que encuentra entre su hija y la esposa muerta. El padre de Claude abusa sexualmente de él, después de decir a su esposa cuan idéntico le es el hijo, lo cual no solo está en relación con los rasgos físicos, sino con la orientación sexual del adolescente, puesto que en una escena posterior le dice al hijo que la madre piensa que es homosexual y esto le causa vergüenza. En el caso de Shawn se trata de la sustitución que hace el adolescente de su madre, por la madre de su novia. Ahora bien, lo que nos enseñan estas escenas es la emergencia del exceso en lo incestuoso ante la incompetencia de la metáfora paterna para anudar el deseo a la ley, lo que conduce a actos en el orden de lo ominoso.

El otro punto que sobresale en la vida de estos adolescentes es el ideal del cuerpo desnudo, libre bajo la égida del principio de placer, sin angustia, sin dolor, sin tiempo, de “estabilidad plena”; este ideal se puede hacer equivaler “al trabajo del aparato anímico que se empeña en mantener baja la cantidad de excitación”; es la creencia en que “los procesos anímicos están regulados por el principio de placer”. Nada más alejado de la realidad como no lo enseña Freud, porque si bien

“existe una fuerte tendencia al principio del placer, otras fuerzas la contrarían, de suerte que el resultado final no siempre puede corresponder a la tendencia al placer” (Freud, 2007, [1920], p. 9), como no lo muestran las formas del exceso de estos adolescentes, en cada una de sus historias.

Estas fuerzas que contrarían, y que hace propias el superyó en su imperativo de goce, se expresan en la tensión del cuerpo como escenario del exceso en la adolescencia; por tanto se impone el movimiento, la excitación, o sea el “goce del cuerpo”; donde este movimiento pendular, mencionado anteriormente, aquí, va del placer al goce.

Otro asunto a resaltar es la conjunción entre lo erótico y lo mortífero, en una escena que resulta grotesca o aterradora para el que la ve, más no para el que la realiza. Esta conjunción se da, por ejemplo, en el personaje Tate para quien asesinar a sus abuelos le causa una erección, o se masturba mientras fantasea con la idea de estrangularse. De este personaje presumimos una psicosis, y en tal caso ya no se trata de la falla de la metáfora paterna, sino de la forclusión del Nombre del Padre. Esta conjunción entre Eros y Tanátos también se puede leer en la expresión placentera de Ken Park cuando se suicida ante la mirada de los otros.

La película nos ilustra esta doble faz del superyó que lo conecta con el exceso en la adolescencia. Esta contradicción del superyó, de ser la ley y su destrucción como lo dice Lacan (1979), también pone en escena el exceso del padre que no orienta al hijo con su deseo, en tanto no acata ninguna ley, para hacer de este un instrumento de su goce. Así, por ejemplo, el padre de Claude le muestra sus músculos como un atractivo sexual del cual la madre se enamoró, para quien este es signo de su virilidad, la que no encuentra en el hijo, puesto que este no alza pesas, sino que le gusta montar en patineta. Este rechazo de Claude de lo que el padre le propone como imagen del cuerpo, y la falta de rudeza le hacen pensar al padre que su hijo es homosexual, a lo que se suma el sentimiento de vergüenza que le produce el adolescente, dado que no hace nada bien, “ni siquiera ponerse los pantalones”; sordo a todo lo que el hijo dice acerca de lo que quiere, deja al

adolescente expuesto a lo más ominoso de su goce, como es lo incestuoso. Así el exceso de la adolescencia señala la ausencia del ideal del padre, a la vez que da cuenta de su presencia en la obscenidad del superyó que convierte su palabra en un mandato de goce para el adolescente.

En el personaje de Peaches, la doble cara del superyó toma los dogmas de la religión, entonces, a la vez que promulga la castidad –lo que podría ser un límite simbólico a la sexualidad- la presencia del goce del padre convierte al superyó en un imperativo que lleva al exceso, expresado en la prohibición que hace el padre a la hija de no tener otro objeto de amor, para proponerse él en este lugar, pero esto no impide que la adolescente consienta a prácticas sexuales, que si bien aparecen en el marco de lo placentero pretenden alcanzar una satisfacción permanente.

Finalmente, en este orden de ideas, podemos agregar que no hay en la adolescencia cabida a un despertar de la sexualidad regido por el principio de placer, puesto que el exceso libidinal que irrumpe, no logra ligarse a una representación o a un significante, dada la devastación producida por el padre que solo ha mostrado su goce.

En la clase 4 del 21 de enero de 1975 del Seminario XXII, Lacan redimensiona la función simbólica del padre en términos de su deseo, y especifica en qué consiste el deseo que define su función, dice Lacan:

Un padre no tiene derecho al respeto, si no al amor, más que si el dicho, el dicho amor, el dicho respeto está —no van a creerle a sus orejas— *pèreversement* orientado, es decir hace de una mujer objeto a minúscula que causa su deseo [...] la versión que le es propia por su *père-version*. *Père-version*, única garantía de su función de padre (p. 39).

Lo primero a destacar de esta cita es la referencia de Lacan a la perversión que la psiquiatría clínica clásica⁸ designaba como “un conjunto de prácticas sexuales que no se ajustaban a lo socialmente establecido como sexualidad normal”; la perversión estaría por fuera de la norma, y la norma es la normativización de la sexualidad efecto de la interdicción del padre. Pero Lacan toma este término, aprovechando la homofonía en francés entre perversión y *père-version* (padre-versión), donde *vers* significa “hacia”. Con esta homofonía se acaba con la oposición entre norma y perversión para proponer que “perversión solo quiere decir versión hacia el padre” (Lacan, 1976, p. 20). Inferimos de lo anterior que ahora la cuestión para Lacan es hacia dónde el padre orienta su goce; cuál es la versión que ofrece al adolescente, qué hace con el exceso pulsional. En este orden de ideas al padre le corresponde tener la justa medida de su goce, lo que logra cuando se dirige a una mujer para hacerla causa de su deseo, y a sus hijos para cuidar de ellos; que su goce sea un “medio decir”, pero no obstante, diga algo al hijo con respecto al exceso libidinal que lo desborda como efecto del despertar de la sexualidad de la adolescencia. Así un “padre perversamente orientado” anuda deseo y ley, y su dicho dirige al hijo hacia una mujer que no esté prohibida. En tal sentido el padre, en la adolescencia, adquiere la potencia de ser límite al goce, y también de causarlo. Una perversión no orientada por el padre convierte al superyó en un imperativo cruel y obsceno que puede llevar al adolescente a actos devastadores, como lo ilustra la película.

El padre que ilustra la película no hace una elección por la madre de sus hijos, sino hacia el hijo o la hija como objetos, justificado en un parecido con esta. Estos padres no están orientados hacia una mujer sino que toman a sus hijos como instrumento de su goce; trasgreden la ley, y en ese sentido no orientan el deseo, puesto que satisfacen su goce en el cuerpo del hijo.

⁸ Consultado de: <http://es.wikipedia.org/wiki/Perversión> en noviembre de 2014.

Finalmente, a la proposición de Lacan podemos agregar que la “perversión paterna” permite que el adolescente pueda ocupar el lugar del padre, cuando sea llamado por una mujer. Así Ken Park es el personaje que ilustra como en la desorientación del deseo paterno, la cara de destrucción del superyó se dirige hacia sí mismo, y dado que ser padre es una significación con la que no cuenta, se suicida cuando su novia le cuenta que está embarazada.

Conclusiones y nuevos horizontes de investigación

La pregunta por el exceso en la adolescencia nos ha conducido a interrogarnos por los destinos de este exceso y las formas que adoptan en el acting out o pasaje al acto. De igual forma este recorrido nos ha permitido entender el exceso como evidencia del debilitamiento de la función paterna; además de esclarecer algunas de las consecuencias para la adolescencia, de lo que Lacan plantea como la antinomia del goce que debe sostener dicha función. Con respecto a lo primero, tenemos que el acto es un medio de descarga libidinal que recupera el nivel homeostático del principio de placer, y que puede ser a la vez un llamado al Otro y un intento de separación de éste.

En cuanto a lo segundo, los planteamientos de Lacan con respecto al goce del padre nos han servido para darnos cuenta que en el acto –sea el acting out o el pasaje al acto- durante la adolescencia convergen Tánatos y Eros; es decir se devela la doble faz del superyó, que a la vez da lugar a la antinomia del goce del padre que prohíbe y funda un exceso; así en la adolescencia más que el ideal del padre, cuenta es hacia dónde este orienta su goce. Aunque esta proposición de Lacan no fue pensada para la adolescencia está en consonancia con lo propuesto por Freud con respecto a una de las tareas de la pubertad, a saber: separarse de la autoridad paterna; además de ser lo que se evidencia en el exceso vivido por los personajes de las películas propuestas para ilustrar el tema. En este orden de ideas, podemos afirmar que con el acto al que empuja el exceso que emerge en la adolescencia, el adolescente se separa del padre, pero como efecto del desvanecimiento de su palabra.

De otro lado, con respecto a las particularidades de la adolescencia podemos mencionar, que en este contexto, se trata de la elección de goce a la que el adolescente se ve forzado, y que según las relaciones con el padre y el Otro, que cada uno sostenga, optará por la satisfacción sin restricción del exceso o se acogerá a la ley del padre articulándola a un deseo.

Finalmente, podemos decir que con el desarrollo de este proyecto de investigación se le ha dado lugar en el psicoanálisis a un fenómeno social, que si bien han habido otros desarrollos teóricos al respecto, en este caso, enuncia la dimensión económica y afectiva del exceso, con lo que se ubica del lado de la pubertad las variaciones en la economía libidinal y sus efectos en lo psíquico; y del lado de la adolescencia el trabajo de resignificación como respuesta a lo que se da en la pubertad, o la angustia que inhibe o precipita a un acto.

Así mismo, este ejercicio plantea otros interrogantes y temas de investigación en relación a otras formas del exceso en la adolescencia, como destino libidinal diferente al síntoma, donde se da algún tipo de tramitación para el exceso pulsional; así, aparece la serie manifestación, respuesta del sujeto o destino del exceso, que habría que precisar. De otro lado está la relación del exceso en la adolescencia con lo que se ha llamado los síntomas contemporáneos, y en este sentido pensar los cortes en la piel que se hacen algunos adolescentes, especialmente mujeres, en consonancia con ese goce sin límite que el psicoanálisis ha llamado goce femenino, que puede darse bajo la apariencia de un placer perpetuo que reduce el cuerpo a la satisfacción del órgano, o de la obscenidad del padre, en los límites con la muerte, como lo proponen los adolescentes de la película Ken Park (2002) y Secretos dolorosos (2000). Entonces, tenemos, una forma del exceso que se dirige a producir dolor en el cuerpo, otro que se reduce al placer del órgano.

Finalmente, el otro asunto a pensar, a partir de los planteamientos hechos aquí, es el destino del padre en el exceso de la adolescencia, donde el debilitamiento de la función paterna deja al adolescente a expensas del superyó contemporáneo que empuja a gozar solo.

Referencias

- Agamben, G. (2007). *Infancia e Historia*. Buenos Aires: AH Adriana Hidalgo editora.
- Ariès, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Alfaguara, Taurus ediciones.
- Bassols, Miquel (1992). El tiempo de la investigación. En UNO POR UNO. Boletín de la Escuela Europea de Psicoanálisis y de la Escuela de la Orientación Lacaniana en Barcelona y Buenos Aires, No.29/30.
- Dumas, A. & Stiglitz, G. (compiladores). (2009). *Psicoanálisis con niños y adolescentes 2. Políticas, prácticas y saberes sobre el niño*. Buenos Aires: grama ediciones.
- Dolto, F. (2004). *La causa de los adolescentes*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Freud, Anna. (1950). *El Yo y los mecanismos de defensa (1936)*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (2007). Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1892-99). En Sigmund Freud. *Obras completas, Vol. I*, (pp. 228-234). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2007). Estudios sobre la histeria. *Historiales clínicos (Breur y Freud) (1893-95)*. En Sigmund Freud. *Obras completas, Vol. II*, (p.p. 45-194). Buenos Aires: Amorrortu,
- Freud, S. (2007). Estudios sobre la histeria. Parte teórica (1893-95). En Sigmund Freud. *Obras completas, Vol. II*, (p.p. 195-254). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2008). Fragmento de análisis de un caso de histeria (Caso Dora) (1895). En Sigmund Freud. *Obras completas, Vol. VII*, (pp. 3-98). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905). Las metamorfosis de la pubertad. Tres ensayos de teoría sexual. En Sigmund Freud, *Obras completas, Vol. VII*, (pp. 189-202). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1978). La angustia. En *Introducción al psicoanálisis* (p.p. 409-430). Madrid: Alianza Editorial.
- Freud, S. (1980). Recuerdo, repetición y reelaboración (Nuevos consejos sobre la técnica psicoanalítica, II (1914). En Sigmund Freud, *Obras completas, Vol. XII*, (pp. 149-157). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2008). Conferencias de Introducción al psicoanálisis (1916-17). Parte III. 18ª Conferencia. La fijación al trauma, lo inconsciente. En Sigmund Freud, *Obras completas, Vol. XVI*, (pp. 250-261). Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (2008). Conferencias de Introducción al psicoanálisis (1916-17). Parte III. 20ª Conferencia. La vida sexual de los seres humanos. En Sigmund Freud, Obras completas, Vol. XVI, (pp.277-291). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2007). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica (1919). En Sigmund. Freud. Obras completas, Vol. XVII, (pp. 43-44). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2007). Más allá del principio de placer (1920). En Sigmund Freud. Obras completas, Vol. XVIII, (p.p. 3-7) Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2007). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina (1920). En Sigmund Freud. Obras completas, Vol. XVIII, (p.p. 139-164) Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2007). El Yo y el Ello (1923). En Sigmund Freud. Obras completas, Vol. XIX, (p.p. 21-48). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2007). Inhibición, síntoma y angustia (1925). En Sigmund Freud. Obras completas, Vol. XX, (p.p. 71-146). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2007). El malestar en la cultura (1930). Capítulo V. En Sigmund Freud. Obras completas, Vol. XXI, (pp. 105-112) Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2007). Nuevas Conferencias de introducción al psicoanálisis (1932). 32ª Conferencia. Angustia y vida pulsional. En Sigmund Freud. Obras completas, Vol. XXII, (pp. 75-103) Buenos Aires: Amorrortu.
- Gallo, H. (2008). Adolescencia: entre el exceso y el desamparo. *Revista l.e.t.r.a. a l.e.t.r.a.* Nel Medellín, (5), 46-52.
- Gavlovski, E. & Cors, R. (compiladores) (2008). Psicoanálisis con adolescentes. Colección Mundo psicoanalítico. Caracas: Editorial Pomaire S.A.
- Goldber, S. & Etel Stoisa (compiladoras). (2011). Psicoanálisis con niños y adolescentes 3. Encrucijadas de la práctica psicoanalítica. Buenos Aires: grama ediciones.
- Goldber, S. & Etel Stoisa (compiladoras) (2011). Psicoanálisis con niños y adolescentes. Lo que aporta la enseñanza de J. Lacan. Buenos Aires: grama ediciones.
- Lacan, J. (1981). Introducción al comentario de Jean Hypolitte. En Escritos Técnicos de Freud I 1954 (pp. 354-365). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2001). La metáfora paterna. En El Seminario 5. Las formaciones del inconsciente 1957-1958 (pp.171-180). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1988). La paradoja del goce. En El Seminario 7. La ética del psicoanálisis 1959-1960 (pp.231-262). Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (2006). Pasaje al acto y acting out. En El Seminario 10. La angustia 1962-1963. (pp. 127-144). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1987). La transferencia y la pulsión. En El Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis 1964 (pp. 168-193). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1975). Clase 4 del 21 de enero de 1975. Seminario 22. R.S.I. 1974-1975. En *Ornicar?* No.3 (pp. 34-43).
- Lacan, J. (2006). Del uso lógico del *sinthome*, o Freud con Joyce. En El Seminario 23. El Sinthome 1975-1976. (pp. 11-26). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1978-1979). Clase del 5 de mayo de 1979. Seminario 26. La topología y el tiempo. En *Lettres* No. IX, (pp.121-139).
- Levy, G. & Schmitt, J-C. (1996). Historia de los jóvenes, Tomos I - II. De la antigüedad a la edad moderna. España: Santillana, S.A. Taurus.
- Lopera, J.D. (2011). La investigación en psicoanálisis: un ejemplo de aplicación del método analítico. En: *El Asunto del Método en la investigación Psicoanalítica*, (págs. 87-102). Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Miller, J.-A. (1992). Clase inaugural del Centro Descartes. *Revista Descartes*, Vol. 11-12, 141-157. Buenos Aires: Anáfora Editora.
- Miller, J.-A. (1999). Los seis paradigmas del goce. En *El lenguaje, aparte del goce*. Conferencias en Nueva York y cursos en París (págs. 141-180).
- Miller, J.-A. (2002). Biología lacaniana y acontecimiento del cuerpo. Buenos Aires: Colección Diva.
- Miller, J.-A. (2006). Introducción a la Clínica lacaniana. Conferencias en España. Barcelona: RBA libros, S.A.
- Mannoni, O., Deluz, Gibello B. & Hébrard, J. (1996). La crisis de la adolescencia. Barcelona, España: gedisa editorial.
- Marrou, Henry-Irenee. (2004). Historia de la educación en la antigüedad. Madrid: ediciones Akal S.A.
- Muss, Rolf. (1966). Teorías de la adolescencia. Buenos Aires: Ediciones Paidós, 1969.
- Ramírez, C.A. (1991). El método científico en el psicoanálisis. *Revista Universidad de Antioquia*, Vol. LX, número 224, Medellín, Abril-junio de 1991.
- Ramírez, M.E. (2010). Actualidad de la agresividad en psicoanálisis de Jacques Lacan. Buenos Aires: grama Ediciones.

- Rassial, J. J. (1999) El pasaje adolescente. De la familia al vínculo social. Colección Antígona 7. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Recalde, M. (compiladora) (2008) *Púberes y adolescentes*. Lecturas lacanianas Buenos Aires: Grama ediciones.
- Rousseau, J.J. (1762). Libros IV. En Emilio, o De la educación. España: Alianza Editorial, 2007.
- Ruiz, A. (2008). Adolescencia y pubertad. *Revista l.e.t.r.a. a l.e.t.r.a.* Nel Medellín, (5), 29-36.
- Tizio, H. (2008). El enigma de la adolescencia. En *Púberes y adolescentes*. Lecturas lacanianas (pág. 123) Buenos Aires: grama Ediciones.
- Vega, M., Barrionuevo J. & Vega, V. (2007). Escritos psicoanalíticos sobre adolescencia. Buenos Aires: Eudeba.
- Vilá F. (2008). La errancia de los jóvenes. *Revista l.e.t.r.a. a l.e.t.r.a.* Nel Medellín, (5), 37-45.
- Solano, Luis. (2001). Extravíos del acto y de las normas. Acting out, pasaje al acto y acto analítico. ORNICAR? Digital. Revista de la Asociación Mundial de Psicoanálisis –AMP. Consultado en mayo de 2014 de: wapol.org/ornicar/articles/180sol.htm
- Stevens, Alexander. (1998). La adolescencia, síntoma de la pubertad. En Actualidad de la práctica psicoanalítica. Psicoanálisis con niños y púberes. Centro Pequeño Hans. Argentina: editorial labrador.
- Stevens, Alexander. (2005) La Clínica de la Infancia y la Adolescencia. Centro de Investigación y Estudios Clínicos. Fundación Asociada al Instituto del Campo Freudiano-CIEC, Córdoba, Argentina.

Material audiovisual:

- Bailey, Norma (Productora y directora). Secretos dolorosos. (Cinta cinematográfica). Estados Unidos – Canadá, 2002.
- Brémond, O. & Breton, P. (Productores). Clark, Larry (Director). Ken Park. (Cinta cinematográfica) Estados Unidos, 2002.

